

EL JUEGO DE LA VIDA

Por Leonardo Garabieta

EL JUEGO DE LA VIDA

El juego es algo tan antiguo que se confunde con los orígenes mismos de la humanidad. Tal vez mas aun, ya que muchos animales, antes de la aparición del homo sapiens ya jugaban como lo siguen haciendo hoy.

Pocas cosas son tan ancestrales para el hombre como el juego, a tal punto que se me ocurre que la vida toda quizás sea simplemente eso, un gran juego, como planteaba Heráclito, el juego de un niño quien tiene en sus manos al universo mismo.

Si la ontogénesis reproduce la filogénesis, es decir que el desarrollo de cada individuo sigue el mismo trayecto que el de la especie, podemos ver que un niño juega desde muy pequeño sin que se le hayan enseñado demasiadas cosas y de esta forma los hombres llevamos el juego dentro nuestro y de una manera u otra no dejaremos de jugar hasta la muerte, . . . o quizás mas allá aun.

El universo se me hace una suerte de juego supremo, la mayoría de las veces con reglas misteriosas, otras absurdas y casi siempre inentendibles, lo cual en un principio esto ya habla de mi finitud para poder jugar.

Juegos sagrados, seculares, violentos, amorosos, de azar, en síntesis todo es juego.

Casi con el comienzo de la II guerra mundial, el rector de la universidad de Leiden, Huizinga, publicó su obra fundamental sobre el juego, "Homo Ludens", en la cual propone una clasificación del hombre diferenciándolo del homo erectus o del homo sapiens. Años después Roger Callois realiza una sistematización de los juegos distinguiéndolos en cuatro categorías: *agon*, palabra griega que significa competición, donde se encuentran las carreras, las luchas, *alea*, termino latino que significa azar, y que incluye actividades como las apuestas, *mimicry*, expresión inglesa para significar imitación, encontrándose entre este grupo el teatro, el juego de mascarar, el disfraz, y el *ilinx*, que es sin mas el vértigo, los juegos extremos, aquellos que funcionan a pura adrenalina.

Pero mas allá de las clasificaciones, que son solo eso -poner en cajas lo que a veces no sabemos que hacer con las cosas que nos parecen que están desordenadas- el juego, mas allá de sus modalidades, este actuar gratuitamente, sin buscar un provecho inmediato, es un aspecto esencial del fenómeno humano.

Jugar es pedir por un instante a la vida que no sea otra cosa mas que lo que es, que no tenga otra finalidad mas que ella misma. El juego es puro apetito de vivir, es la realidad tal cual és, es la vida como viene.

Cuando uno se mira en el espejo y ve como las sienes se han blanqueado, casi si darse cuenta, trata entonces de poder ver mas allá del espejo y comienza a comprender que la vida es eso, simplemente un juego, donde todas las categorías descritas por Callois por momentos se funden, por momentos de separan, pero en el fondo todo es un gran

juego, donde el fair play, es lo que marca la vida del hombre desde el momento en que le es cortado su cordón umbilical.

Pero para referirnos al juego es necesario hacer una reflexión que produce a su vez una significativa distinción. En español, al igual que en alemán, en francés o en otras lenguas, solo hay una palabra para designar o referirse al juego. En inglés, en cambio, separa claramente el game, juego organizado y solo valido dentro de reglas fijadas a priori, y el play, el juego libre, y este es para mí el juego de la vida ya que ningún juego instituido garantiza el juego.

Pero el juego también implica jugadores, espacios, y porque no juguetes. Y si bien a veces ocupamos el rol de jugadores otras nos queda la sensación de haber sido juguete, es decir de haber sido jugados, un simple juguete en manos del destino. Durante el juego nos hemos protegido por la izquierda y hemos sido atacados por la derecha. Al protegernos hemos dejado sin defensa el flanco vulnerable, de manera tal que el gesto esquivador se confunde con el gesto fatal. El gran juego donde ambos gestos son uno, como el misterioso camino de Heráclito, donde el filósofo sostiene que la ruta que sube y desciende es una y la misma.

Sin embargo, a pesar de este análisis, persiste la impresión de haber sido atrapados en el juego de la fatalidad omnipotente que desbarata todos los medios para contrarrestarla, ya que el acontecimiento fatal toma desprevenido al jugador, pues el juego de la vida incorpora la sorpresa, es decir, el carácter inesperado del juego, una realidad que no ha sido nunca pensada. Algo así como un sentimiento de ser engañado. Así el juego de la vida, por momentos, parece no ser más que un sueño, una fabula, o incluso, como afirma Macbeth, un cuento contado por un idiota, en síntesis la sensación de ser jugado.

La profundidad y la verdad del juego de la vida consiste menos en predecir el futuro que en afirmar la necesidad del presente, el juego es siempre ahora, el play es ya y sin tiempo, a veces incluso sin memoria, porque la falta de esta -como sostiene Leibniz en su Discurso de Metafísica- es parte integrante y necesaria de la vida, porque la inmortalidad supone el recuerdo y el juego no supone nada, se juega mientras se juega, pues el juego es deseo, puro deseo.

Amenazado por el caos, tentado por la destrucción, y aturdido por los reclamos de una actualidad absorbente, el hombre occidental contemporáneo, perdió la dimensión más pura de sus actos, algo así como si hubiera dejado atrás el tiempo lúdico. Pero por suerte, o por ingerencia de Metis, la deidad de la astucia que los griegos contrapesaban a los dioses de las reglas y la justicia eterna, en el planeta existen aun hombres y mujeres que difícilmente llevarían sus vidas a la aniquilación solo en el trabajo productivo, la guerra o la reitualidad material.

Es maravilloso, tal vez uno de los mas grandes placeres, ver a personas mas allá de sus razas, credos o lenguas, jugar -play- y reír, pues de eso se trata la vida, de reír, pero en grande, de devorarse el universo y la eternidad en una sola carcajada, de no ser así, la vida

seria un bleff, seria la negación de ella misma, el cuento contado por un idiota.

Si, a medida que uno envejece pareciera que la vida es un gran juego, en que muchas veces -las mas- uno no jugó, solo fue espectador y en algunas ocasiones ni siquiera eso. Por vergüenza, miedo, incapacidad, mandatos, o por el deber ser, uno no participo y allí pasaron mil juegos.

Que tal si el tiempo que nos quede, no importa cuanto sea, nos decidimos a jugar el juego de la vida, pero desde dentro, en el campo de juego, lo invito sin mas a recorrer el camino de Heráclito, hacia arriba o hacia abajo, como quiera, ya que de todas maneras es el mismo.

Le propongo dejar, aunque sea de a ratos, ser juguete para convertirse en jugador, lo cual es bastante parecido a sentirse vivo, a ser simplemente uno.

***Leonardo Garabieta.
Indonesia- Julio 2002.***

EL HOMBRE DE PAPEL.

Alguna vez escribí que cuando el pasaporte se va llenando de sellos y más sellos uno tiene la sensación de ir convirtiéndose en trotamundos o tal vez en peregrino. Y el mayor de los regalos de esta profesión de viajero, de ser ciudadano del mundo, es ver a la gente jugar, juegos diferentes según los lugares, pero jugar.

Mediodía, la térmica se aproxima a los cuarenta grados, la humedad toda lo que la imaginación pueda alcanzar y lo peor es que mi equipo pierde uno a cero por culpa mía ya que el único tanto convertido lo hice "en contra".

El juego, o mejor dicho el entrenamiento, comenzó ayer por la mañana muy temprano, cuando Kim, mi amigo y traductor, tuvo la brillante idea de enseñarme a jugar algo así como al polo, pero sobre paquidermos. Desde muy pequeño, Kim, siguió la profesión de su padre que había sido a la vez la de su abuelo: cuidador y adiestrador de elefantes, aquí, en un pintoresco pueblito cerca de Bankog. Tras algunos días juntos, recorriendo las tierras del ex-reinado de Siam, Kim decidió que no podía dejar sus tierras sin intentar jugar un partido amistoso de este típico juego local.

De esta manera, ayer, amanecí en el río bañando a Mara, ya que como seria mi cabalgadura debía familiarizarme con ella, una hermosa dama de tres toneladas de peso, a la cual debí ofrecer varios kilos de alimento antes de comenzar a montarla. De esta forma, mi amigo de ojos rasgados fue enseñándome las técnicas para jugar el juego, mientras más de la mitad de la villa concurría a divertirse viendo todo lo que yo

hacia mal, y cuando digo todo se lo puede entender en forma literaria, es decir: todo.

Realmente Mara estaba más dispuesta a ser bañada y cepillada que ser vehículo de un inexperto occidental, pero la vida siempre es diferente a lo que uno imagina, así que ella y yo nos encontramos en este juego. Realmente no sé cuando fue que Mara giro en ciento ochenta grados pero al encontrarme frente al arco, con la gran pelota de metro y medio de diámetro, solo atiné a golpearla con mi taco y por esas cosas de los dioses la gran esfera atravesó la línea del gol, claro. . . en contra. No hace falta decir que eso sólo bastó para que toda Thailandia tuviera su día de risas.

Pero mas allá de mí mal logrado comienzo como polista, la sensación de libertad, de juego, de todos los que estamos aquí, de diversión sin más que eso, es fascinante.

¿Qué es el hombre sino sólo esto? Un jugador del juego de la vida. ¿Dónde esta la diferencia entre bañar a Mara, hacer el tanto en contra, dar una conferencia, realizar su trabajo fuera cual fuera, o amar a su amor? El tema pasa por ser simplemente uno, solo éste, el que hace goles en contra, pero el que también los hace a favor, y quien a veces no hace ninguno. Éste. . . usted.

Ahora bien ¿quién juega? ¿El que hace momentos descendió todo empapado de transpiración de la elefanta, o aquel que figura en el pasaporte lleno de sellos y visas? A veces se me hace que la identidad de las personas esta más marcada por un acta pública que por su esencia, de esta manera uno es una partida de nacimiento, un documento de identidad, un titulo, una profesión. En otros casos los testimonios concordantes del portero, el jefe o los compañeros de trabajo. Así, la persona humana, concebida como singularidad, no es perceptible sino como entidad institucional, es decir una persona sobre el papel.

Un hombre de papel en todos los sentidos apreciable solamente en forma teórica. Si se carece de papeles parece inútil gritar que uno es uno mismo. Si necesito un duplicado de mí para dar testimonio de mi ser y eso esta en los papeles, debo concluir que, necesariamente, mi ser es de papel. Debo entonces aferrarme al papel ya que mi persona es dudosa pero los papeles son fidedignos, dan fe de mí, son una solidez a toda prueba.

¿Pero cómo se juega el juego de la vida si se es de papel?, ¿qué sucedería si se quemaran los papeles? El original debe trascender toda imagen, todo papel. Evocando a Jacques Derrida: " la repetición como ausencia para siempre de presente verdadero alguno".

El hombre de papel entra en la clasificación de *mimicry*, del juego de mascarar y en el juego de la vida, mimicry, solo puede ser jugado por ratos pues si el uso del disfraz se extiende por demasiado tiempo el juego ya no play, se convirtió en game, en juego patéticamente reglado, es decir el antijuego.

El hombre de papel que juega el juego enmascarado, oculta al protagonista, al verdadero jugador, genera entonces incertidumbre, inseguridad y temor en los demás pero sobre todo en él. Pues este juego

de personajes escondidos detrás de papeles se convierte en un secreto y es entonces cuando los jugadores se convierten en iniciados. Nada más lejos del juego grandioso porque, el verdadero juego de la vida, se estructura simplemente en que cada jugador sea quien es, y si el ocultamiento de la propia identidad se transforma en el sesgo común del juego, éste, simplemente ha muerto, o peor aún, fue asesinado.

Es cierto que los humanos a veces cumplimos todo tipos de papeles, pero no debemos olvidar nunca que son sólo eso: papeles y, probablemente, conociendo que los papeles que se desempeñan son artificiales, se pueden representar sabiendo que no somos esos papeles.

El hombre de papel nunca dejará de ser más que un juguete, posición donde el mismo se colocó, tal vez por miedo a ser jugador, por terror a ser él quien decida, tal vez por no soportar hacer un tanto en contra en su propio arco, entonces simplemente no juega el juego de la vida, morirá espectador, emitiendo juicios desde la tribuna sobre lo mal que juegan los jugadores en el campo de juego. En síntesis, un infeliz que asegura que se está preparando para un próximo juego, pero que todos, y fundamentalmente él, saben que jamás jugará. El hombre de papel esta incapacitado para el juego de la vida. Este humano es solamente una parodia, un juguete, un bleff.

Pareciera que nada es más frágil que la facultad humana de admitir ser uno, simplemente uno, condición necesaria y suficiente para ser jugador del juego de la vida.

Es hora de bañar a Mara, y también de sumergirme yo en el agua. Todos reímos, algunos niños han comenzado a jugar con la gran pelota ahora que los elefantes dejaron el campo de juego, los bailarines con sus atuendos típicos se preparan para las danzas ceremoniales que comenzaran en pocas horas y un fuerte olor a especias avisa que la comida está lista después del baño. Sí, todo juega. Mientras me adentro en las aguas del río recuerdo aquellas palabras de Tagore: . . . *"Al borde de los mundos infinitos, se reúnen los niños, la tempestad vaga por el cielo sin caminos, las naves se hunden en el mar sin estelas, la muerte ronda, y los niños juegan . . ."* ¿Y usted?

LA MUERTE DEL DRAGON.

Desde Jasón y Hércules hasta San Jorge, cientos de héroes, han tenido que lidiar con dragones. Pero quien es este ser quimérico, este reptil alado, este monstruo poderoso armado de lenguas de fuego que encontramos en todas las culturas mas allá de sus formas y conductas.

Para algunas interpretaciones el dragón es la atadura que nos une a nuestro yo. Estamos cautivos de nuestra propia jaula de dragón. Algo así como que este dragón está dentro nuestro clavándonos sus garras. El trabajo entonces es aniquilar a la bestia, quebrarla, para poder expandir nuestro campo de acción.

El dragón, en oriente, representa la vitalidad, la fuerza, aporta el botín de las aguas, grandes dones y gloriosos. Pero el dragón de occidente es el animal de la codicia, conserva todo para sí mismo. En su cueva secreta atesora cosas, doncellas, solo retiene sin saber siquiera por y para que. Este dragón solo infunde miedo, paraliza, no permite la expansión en ninguna de sus manifestaciones.

Nietzsche planteaba que el hombre es un animal enfermo, el único animal que no sabe que hacer consigo mismo, ¿qué haremos pues con nuestro dragón? El autor de "Así hablo Zaratustra", en una especie de parábola, describe lo que él llama las tres transformaciones del espíritu.

La primera es el camello, el hombre joven, sin experiencia. El camello se pone de rodillas y es cargado con todo tipo de elementos sobre sus jorobas, es el tiempo de la obediencia, de recibir instrucciones, de los mandatos sociales. Cuando el camello esta bien cargado comienza a caminar temeroso y lento por el desierto pero con el tiempo comienza a cabalgar cada vez más rápido, y es allí, cuando se transforma en león, cuanto más pesada haya sido la carga que transporto más fuerte será el león.

Pero la tarea del león ya no es cargar, su misión es matar al dragón y el nombre del dragón es **deber**. En cada escama de la piel de esta bestia está impreso un deber, algunos de ellos datan de miles de años atrás, otros del futuro. Mientras el camello debía someterse, el león debe combatir los deberes y llegar a su propia realización.

De esta forma, si el león llega a dar muerte al dragón y a todos sus deberes, el león se transforma en un niño movido por su propia naturaleza, al igual que una rueda gira sobre su propio eje. Ya no hay más mandatos ni reglas históricas sino solo el puro impulso de vivir la vida en flor.

¿Cuánto de la parábola nos toca de cerca? ¿Cómo jugar el juego de la vida si viviéramos siempre como el camello de Nietzsche? Aún, el majestuoso y feroz león está incapacitado de jugar, su misión está tan marcada que carece de posibilidades de juego.

Pero en la tercera etapa, cuando aparece el niño-hombre, libre, luminoso, entonces sí el juego es posible, pues el juego de la vida necesita precisamente libertad y luz, necesita que el jugador decida por sí más allá de las reglas prefijadas, de las cuales, él, ni siquiera tomó parte en la confección de ellas.

Teseo frente al Minotauro, Hércules frente a la Hidra y Cerbero, Edipo con la esfinge, debieron derrotar al dragón para poder continuar jugando a vivir. Algunos otros lo lograron, algunos no. Algunos fueron

enterrados como camellos, otros subieron a la barca de Caronte en forma de leones, pero otros, aquellos que apostaron al juego de la vida, éstos se transformaron en verdaderos dragones, pero no aquellos que llevan en sus cuerpos grabados el deber, sino en el gran dragón chino, que es quien lleva la buenaventura, la prosperidad, la abundancia. El dragón de la fertilidad, que hace que todo crezca a su planeo, porque este dragón no reptar, solo vuela, solo concibe un solo juego, el juego de la vida.

“ . . . Si se examina más de cerca el grupo antitético juego-serio, ambos términos no resultan equivalentes. El juego representa el término positivo, lo serio se detiene y se agota en la negación del juego, lo serio es el no juego y nada más. . . . Todo juego es primeramente y ante todo una acción libre, pues el juego mandado no es juego. . . .”

Johan Huizinga.

EL ESPACIO DEL JUEGO

¿Dónde se juega? ¡No juegan limpio, no hay reglas! ¡Y si las hay, nadie les hace caso! Tampoco los jugadores actúan como tales, se pelean, se empujan. Solo la reina maneja el juego a su antojo, decide dónde, cómo, cuándo manda a cortar la cabeza de cualquiera sin motivo. Extraño juego de croquet, al menos para Alicia en el País de las maravillas. El pánico a la reina lleva a los jugadores a ser crueles y los vuelve tramposos. De hecho no juegan porque tengan ganas sino que lo hacen obedeciendo una orden.

Casi todos hemos tenido de pequeños acceso a esta excelente obra de Lewis Carroll. Pasaron los años y ahora, de adulto, me pregunto: en cuantos "juegos de croquet", como el de Alicia, hemos jugado, cuantos sin ganas, con reglas que no comprendíamos y viendo como mandaban a cortar la cabeza a otros y esperando –porque no- que un día nosotros fuéramos el otro. Pero lo más patético de este juego es que no hay jugadores, todos son juguetes.

El jugador del juego de la vida debe hacer su espacio para ello y, éste, no es espacio cualquiera. Es un espacio que no solo esta allí afuera sino que, fundamentalmente, está dentro del jugador. Es un lugar que limita entre el orden del mundo artificial y la nada estremecedora. Es el borde entre el mundo miserable, problemático, el del paraíso perdido, y el mundo de la libertad, y de la fe. Pero de una fe que no es solo creer sino "querer creer en el sentido de la existencia", de allí que, para algunos pensadores el juego de la vida es tensión, duda abierta, esfuerzo. El jugador sabe de antemano que su esfuerzo es nada frente al abismo, no obstante se instala en medio de la realidad de todos los días, de lo cotidiano, fundando su propio espacio y, por consiguiente, su propio tiempo, dimensiones solo validas para el jugador y su juego.

Donde la confusión y el sinsentido cotidiano son la mascara de la realidad, el juego pareciera la verdad, donde los infinitos velos van cayendo uno a uno, el juego de la vida en síntesis busca el verdadero y definitivo rostro. El espacio del juego es simplemente utópico. Juego y utopía se concatenan en el develamiento del hombre, cae la mascara y la verdad se desoculta. Algo así como una forma de iluminación, como el acceso al Nirvana, como si la utopía recuperara la dignidad perdida.

El campo de juego es entonces el terreno consagrado para ello, dentro, pero separado del mundo cotidiano, algo así como una tierra sagrada, como un territorio que tiene sus propias reglas y el transgredir esas reglas lleva irremediabilmente a la destrucción de ese mundo

lúdico, pues este universo del juego de la vida es un cosmos y cada juego funda un orden propio, absoluto, exaltado.

Al igual que los estados de la parábola de Nietzsche, Huizinga plantea que, para jugar de verdad, el hombre debe convertirse en niño pues el juego es para el infante algo absolutamente serio, invade todo su ser, provocando en él los sentimientos más altos.

El jugador del juego de la vida, pero el verdadero jugador, es en realidad un niño, pues a diferencia del adulto que parece llevar una vida fraccionada, dividida, el niño es uno, una unidad con el todo, y el todo siempre es más que la suma de las partes, pues el todo siempre es **un uno**, un ente completo y concluido, y las partes siempre son solo eso, partes.

Al juego de la vida **el uno** entra totalmente desnudo, recuperando de esta manera, de repente, la inocencia original donde no existen los honores, las culpas, los prestigios. Este juego implica fundamentalmente la lealtad, la entrega. . . a una idea, a un sueño, a una persona, a la libertad. Pero ser libre significa hacerse libre y hacerse libre significa ser uno. Y **el uno** tiene conciencia que si abandona el juego corre el riesgo de convertirse en partes y allí el hombre se pierde a sí mismo, lo más genuinamente humano.

Entonces aquel espacio consagrado al juego, a la libertad, se entumece, comienza a esfumarse, se transforma en un lugar donde solo tiene cabida el miedo, la angustia y la soledad y el temor a estos lleva al humano a refugiarse en una masa anónima, a disolverse, en síntesis, a ser una serie de partes, un ser fraccionado.

¿Dónde podría entonces jugar un ser partido? Pues donde juegan los seres partidos, en cualquier lado, a cualquier juego, a cualquier precio. Pero cualquier lado es igual a ningún lado, cualquier lado es el no lugar, el no espacio y nada tan lejos de esto que la utopía lúdica donde juega **el uno**, el ser entero, pues este último ocupa todo el espacio; en la unidad, ser, espacio y tiempo se funden, al igual que en el amor se funden los amantes.

Y este es sin más el espacio del juego, una fusión de estados, la unidad en la diversidad, tal vez como planteaba Heráclito, este orden fue, es y será siempre, fuego eternamente vivo, alumbrando con medida y extinguiéndose con medida.

EL BLEFF.

Platón, en "Las Leyes", define al hombre como un juguete de los dioses. Heráclito por su parte, describe a Dios como un niño que juega. Esto parece convertir a los dioses en jugadores y a los hombres en juguetes. ¿Será por eso la ambición humana de transformarse en dioses? ¿Para convertirnos de una buena vez en jugadores?.

Debiéramos preguntarnos que tienen entonces los dioses para poder jugar ¿Inmortalidad, poder, libertad,. . . virtud? Pero volvamos por un instante al juguete; este es ante todo un regalo y mediante ese regalo, el adulto -el dios- trata de recuperar el mundo perdido de su infancia, el adulto se ofrece a si mismo un regalo, un don. El niño -el mortal- destruye el juguete porque de esa manera restaura la libertad del juego y se proyecta al vacío, al abismo, a la nada.

¿Pero no es acaso que la conciencia tiene horror a la nada, a aquel conocido horror-vacui que tanto aparece en los textos de filosofía como de religión o arte? Entonces ¿qué hacemos y dónde vamos cuando no buscamos nada? ¿A la nada misma o es que, acaso, cansados de vivir en un bleff nos volvemos hacia el vacío para, a partir de allí, darle sentido a todo?

Dostoievski identifica el juego con la propia existencia y sostiene que el juego desocializa en la medida en que la sociedad es un orden -¿el bleff?- y el juego suscita un desorden histérico contra toda regularidad.

La mirada al vacío pone en tela de juicio el ordenamiento del consenso, las rígidas instituciones y los ineludibles "deber ser". La historia de la humanidad nos enseña que en periodos de ruptura, cuando un tipo de sociedad sucede a otro en el mismo tiempo, es decir cuando ambos modelos coexisten, se yuxtaponen, y no se puede

encontrar apoyo alguno en los valores en putrefacción de ninguno de ambos modelos, el hombre se entrega a esas actividades cuya única finalidad es la nada, el vacío.

Pero cuidado, esa apertura a la nada no es un llamamiento a la nada. Por el contrario es sin más la misma búsqueda del todo pero mas allá del bleff reinante hasta ese momento.

Y al igual que las sociedades, cada hombre en su vida, cuando esta le parece un bleff, su mirada se dirige inevitablemente a la nada, como pidiendo al vacío que genere aquella nueva semilla para comenzar de nuevo. Tal vez una quimera, un típico rasgo de la finitud humana pero, aunque resulte absurdo, la ilusión esta puesta en algún horizonte no muy claro pero mas allá del bleff.

¿Cómo se podría jugar el juego de la vida dentro del bleff?. Este es simplemente la farsa, la mentira, la mascarada. Carece de profundidad y por consiguiente esta cimentado sobre lodo.

Hacia años que no pasaba por este puente, me detengo unos segundos en la mitad y trato de ponerme por un instante en el lugar de aquellos que lo atravesaban hace siglos por ultima vez, luego de ello, el cadalso. Si, obviamente me encuentro en el puente de Los Suspiros, en la fascinante Venecia.

Caminar hacia la plaza de San Marcos, en pleno carnaval, es vivir una experiencia única. Las vestimentas más espectaculares desfilan por delante mío como en una pasarela sin final, por supuesto, cada individuo detrás de su mascara, de su disfraz, me saluda desde la más simple guiñada de un ojo hasta reverencias que me transportan a cortes medievales.

Es realmente magnifico como toda esta ciudad se convierte en un escenario sin par para estas fiestas de origen pagano. Durante días es prácticamente imposible distinguir a quien uno tiene al lado: ¿hombre, mujer, joven, adulto? Realmente no es importante el tema pasa solo por jugar este juego, el de las escondidas.

Alguna vez escuche que jugar a las escondidas es algo realmente divertido pero terrible si a uno nunca lo encuentran. De hecho, de ser así, el juego se convertiría en algo mortal donde el jugador en un punto se encontraría incapacitado de jugar.

A veces, fuera del tiempo del carnaval, y lejos de Venecia, me parece que miles de personas tras un disfraz también desfilan delante de mí. Pero entonces me es complicado entender cuales son las reglas del juego. A veces yo también me miro en alguna superficie reflejante y me es difícil reconocerme. Y aquí entra otra vez esa sensación de bleff.

¿Como jugar el juego de la vida detrás de un disfraz?. ¿Quién es quien tengo delante, quién detrás, y tal vez lo peor, quién soy yo? Es patético pensar que cuando éstas personas, en unos días, se quiten sus mascararas aparecerán otras debajo de estas. Y de ser así ¿que ocultaban las primeras? Es mas, estas imágenes que aparecen debajo de aquellas máscaras son las verdaderas o simplemente otras máscaras, al igual que las sucesivas capas que forman una cebolla. De ser así es lógico que al ir descubriendo la cebolla no se pueda hacer otra cosa que llorar.

Pero esta superposición de capas, mantos o mascararas, da la impresión de haber sido atrapado en el juego de la fatalidad, donde el supuesto jugador cae en el engaño del que es víctima, como si se desdoblara sin que, sin embargo, uno se desdoble efectivamente. El juego de la fatalidad donde el sujeto experimenta un sentimiento de dualidad, pero manteniendo la conciencia de que se trata de una sola y la misma persona. ¿Acaso algo mas parecido a un Bleff, a un absurdo, al cuento contado por un idiota?.

Viene a mi mente aquella maravilla de Manuel de Falla, El Amor Brujo, donde la hermosa Candelas, gitana ella, aun amando hasta los huesos a Carmelo, cada vez que desea entregarse a los brazos de su amante, ve aparecer el espectro del hombre que antaño amó, y que aun después de muerto continua atormentándola. Será pues su fiel amiga Lucía que aceptará desviar hacia ella la atención del espectro para que, de esta manera, Candelas quede liberada y pueda de una vez por todas reunirse con su amante. Ambos ahora huyen juntos mientras el alba anuncia el fin de los maleficios nocturnos.

Candelas no era atormentada por su doble sino por el doble de aquella que ha sido y que aparece en el espectro de su antiguo amor ya muerto. La enamorada de hoy es trastornada por la enamorada de ayer, pero el amor de hoy acaba por imponerse, sin sombras, sin mascararas, sin dobles, sin bleff.

Dijo el poeta que: **morir seria un mal menor, si al menos uno estuviera seguro de haber vivido.** Claro, afirmación compleja si la vida transcurrió como un Bleff.

La gran plaza es un completo aquelarre, juegos, juguetes y jugadores todos en escena, pero la pregunta se impone ¿cuántos conservaran sus mascararas al terminar el carnaval? ¿quienes abandonaran el bleff para verse a si mismos y mostrarse a los otros tal cual son? Mas de cuatrocientos escalones han quedado atrás, desde aquí en lo alto del campanario la vida parece un juego, el universo danza, el cosmos canta, y vuelve aquella pregunta del principio ¿que tienen los dioses entonces para poder jugar? Tal vez la capacidad de poder abandonar las mascararas tantas veces como lo deseen, de ser así, los mortales debiéramos abandonar las nuestras para transformarnos en jugadores es decir, en el ultimo de los casos, abandonar el bleff.

" . . . Nada mas estúpido que el destino humano, su único sentido es engañarnos siempre."

Jacques Lacan

KISMET

Si bien el origen de la palabra Kismet es turco, es común escuchar este término en gran parte del norte de Africa, en Medio Oriente y aun bastante más al este. Su significado muy simple: destino.

Desde que nuestros antepasados se levantaron en dos piernas, dando así forma a lo que algunos antropólogos llaman el simio sediento, se le presento a este primate superior la idea posible de que su vida estuviera escrita antes de su propio nacimiento y que, tal vez, nada podría hacer para cambiar ese mandato supremo, ese juego que lo condenaba desde el vamos a transitar por un camino del cual no habría escape.

Ya van casi cuatro horas que mi 4x4 esta encajada de forma tal que, ni aun tratando de remolcarla con otros vehículos, se pudo hacer nada. Dubai se encuentra a algunas horas de este lugar que no se bien donde esta y mis co-equipers salieron a buscar ayuda ya que con los celulares y handys no lo logramos. Como en otras ocasiones, aquí me hallo, solo en un desierto y todo lo que me rodea son dunas, arena y más arena, mucho calor y un sol sediento de cualquier cosa que contenga líquidos.

El "juego", en la mañana temprano, era adentrarse en el desierto, subir y bajar estas montañas de arena, y compartir algo de la vida con beduinos. En general, debido a mi resistencia a la tecnología, siempre opto en estos casos por dromedarios, son mas lentos, fatigosos, y algunos con un carácter de los mil demonios, pero confiables a la hora de atravesar desiertos y, fundamentalmente, no se atascan en la arena. Pero hoy me deje seducir por el andar de mi Toyota, su confort, el aire acondicionado y bien, aquí me encuentro enterrado hasta la mitad del vehiculo con lo cual la única forma de entrar o salir de él es por la ventanilla.

Pero solo me queda esperar. Esperar, un juego que a veces nos sugiere la vida y para el cual pocas estamos preparados. ¿Como es este juego del esperar?, ¿cuales son sus reglas? Y lo peor ¿cuando puedo decir basta?.

Kismet, de hecho no creo en él, aunque siempre pasan cosas como para plantearme dudas al respecto. Amo el agua, navegar y toda actividad que tenga que ver con el líquido elemento, hasta el signo de mi nacimiento se encuentra en agua, no obstante, no pasa demasiado tiempo sin que me encuentre en algún desierto -me refiero a estos de arena, de los otros ni que hablar-. Parece una metáfora de aquello que del polvo venimos y al polvo vamos. El desierto, como planteó algún filosofo, es el lugar del hombre proscrito, del forajido que encuentra aquí un lugar, tal vez su lugar, algo así como aquellos que formaron la Legión Extranjera. Si se es fuerte, si se siente capaz de afrontar el desierto, este lo adopta y lo protege, sin importarle los errores y pecados cometidos. El desierto es sin más el último e inexpugnable asilo del desamparado.

El juego de la espera transforma al hombre en una unidad imperdible, en una individualidad, y esto implica estar consciente de

uno mismo, de vivir cara a cara con la caducidad de lo terrenal y por consiguiente se convierte en el único ser que no escapa a la muerte, pues el hombre obtiene su individualidad, con mayor intensidad, cuanto mas contempla la muerte y la temporalidad de la vida.

El hombre, a diferencia del animal, sabe que muere, sabe que al final del camino de la vida se encuentra la oscuridad de la noche y sobre este insondable fondo de tinieblas entreteje su vida, el juego de la vida. Tal vez predestinada, como lo sostienen los habitantes del desierto, donde nada ni nadie puede escapar del kismet, como en el famoso cuento del esclavo que huye a la mañana de Bagdad por ver a la muerte y, que por la noche ésta lo espera en Damasco, hacia donde el propio infeliz había huido para librarse de la parca.

Sin lugar a dudas, pocos lugares llevan al humano a reflexionar irremediamente como el desierto, de hecho, aún queriendo hacer otra cosa vuelvo a caer en ello. La espera ¿qué se puede aprehender de y en ella? El desierto y la espera tienen tanto en común que nunca antes pude darme cuenta. En ambos el tiempo carece de tiempo, el espacio se dilata hasta el infinito o se contrae hasta asfixiarnos. Tanto en uno como en otro la angustia y la ansiedad se superponen y se dan paso una a la otra en forma continua e ininterrumpida.

Tanto el desierto como la espera muestran al humano su finitud e impotencia de la forma más cruda.

Ambos, al igual que el juego, fundan su propio tiempo y espacio, solo valido para los jugadores durante y dentro del juego. La espera constituye un microcosmos con un orden propio y absoluto diferente a la lógica que rige la vida ordinaria.

Recuerdo aquella frase del zorro en el Principito: “. . . si vienes a buscarme a las cuatro, dime que vendrás a las tres y así te estaré esperando desde las dos”. Buena síntesis de lo que nos sucede a los hombres cuando esperamos, como yo ahora, sé que vendrán por mí pero quisiera ver ya la polvareda que levantarán mis compañeros al acercarse, pero sigo esperando.

Siguen pasando las horas y me alejo del vehiculo para caminar un poco, bueno, más que caminar esto es algo así como tratar de enterrar mis piernas hasta las rodillas en cada paso. Logro -no con poco esfuerzo- la cima de una de las dunas y el paisaje me maravilla, es increíble, aquí puedo sentir el infinito y entonces, en esta soledad me pregunto ¿habrá querido el destino que me encontrara aquí? y de ser así ¿para qué?. Cuando me encuentro en situaciones como esta, siempre vienen a mi mente preguntas para las cuales no tengo respuestas. Quizás sea esto parte del juego de la vida, un juego de preguntas y respuestas pero sin las segundas, algo así como un juego que atenta contra la lógica y la razón, porque no un juego que consiste en tener fe y mantenerse en ella, pues la fe comienza donde termina el saber acerca de la perdida de la inocencia y sobre la caducidad de todo lo existente.

El desierto y la espera, vaya combinación, recuerdo aquella frase de Tagore: “. . . donde quiera que el paisaje sea inmenso, el cielo ilimitado y los sentimientos insondables - es decir donde el infinito se manifiesta-

el individuo y el infinito se encuentran en planos iguales, dignos de mirarse uno al otro, cada cual desde su propio trono". Y mas allá de mis creencias, quizás el destino nos pone a los humanos, en algunas ocasiones, en nuestro propio trono como otorgándonos por momentos el rol de un dios para poder mirar de frente a la inmensidad.

El kismet ¿y si fuera él quien instruye e instaura este juego llamado vida? Para los beduinos esto es así, simplemente de esta forma, el destino, por ello suelen decir que el sultán de hoy puede ser el esclavo del mañana y ni a él ni a su entorno le llamarían demasiado la atención pues era su destino.

Juego extraño, nuevamente la pregunta fatal ¿jugador o juguete?. El sol comienza a caer y el calor insoportable del día comienza a dar paso a un fresco que en pocas horas terminará en un gran frío. Mis compañeros llegarán pero hoy ya no partiremos, comenzaré a sacar por las ventanillas la carpa donde pasaré la noche y mañana, al alba, sacaremos a este camello de cuatro ruedas de su trampa. De hecho pernoctaríamos en el desierto, si bien este no era el lugar programado. Pero ¿cuantas veces en el juego de la vida la "noche" nos encontró en el lugar no pensado?

Pasa el tiempo y la primera estrella aparece, allá muy bajo en el horizonte, supongo que mi rescate debe estar buscando La Meca para hacer sus ultimas oraciones del día, luego, pese a la oscuridad reinante encontraran la fogata que prendí y, si fuera necesario, usaré la pistola de bengalas. Paradójico, en una total oscuridad se puede encontrar a alguien perdido y tal vez alguien perdido se puede encontrar en la noche cerrada de la vida.

Porque no, quizás sea parte de la enseñanza del juego de la vida. Es increíble la función didáctica y pedagógica de este juego de la vida, siempre enseña, siempre, mas allá aún de la estupidez del aprendiz. La idea de la cena de hoy era cordero a las brasas, pero creo que me tendré que conformar con algunas latas de algo que hay en el baúl. Parece una burla, sentado sobre el techo de la camioneta solo me queda esperar, un juego para el que estamos mal preparados. Una vez me preguntaron que tal era para los tiempos, solo me encogí de hombros y conteste: creo que bueno. Hoy estoy dudando de aquella contestación.

Tal vez el kismet me coloco en esta situación para que conociera aquella respuesta. El poco viento reinante desapareció, el silencio es total y eso me tranquiliza pues Eolo aquí puede hacer estragos y mover estas dunas y tapar mi rústico campamento en cuestión de minutos, de hecho hace un par de días la misma ciudad de Dubai amaneció con diez centímetros de arena en pleno centro por una de estas tormentas de viento que desplaza miles de toneladas de sílice por doquier. Esta noche los espíritus del desierto se apiadan de mí. El silencio es tal que puedo escuchar mi propia respiración o el reptar de algunas lagartijas que salen de sus cuevas en busca de alimentos.

Hora de armar la carpa, de seguir esperando, de jugar el juego de la vida, este que nunca se interrumpe.

EL TRANSITO

Los dioses juegan porque no padecen necesidad alguna y los humanos son sus juguetes, entonces los hombres sufren la arbitrariedad divina, aquel destino al cual nos hemos referido. Pero ¿no existe acaso la posibilidad de transitar de juguete a jugador?

Para Freud la represión de los impulsos es fundamental para la interpretación de la cultura, no existe esta sin represión. Marcuse en cambio, sostiene que una sociedad no represiva es una posibilidad, una tierra de promisión en un futuro no muy lejano. Sin lugar a dudas una propuesta sumamente tentadora.

En el esquema freudiano no existe esclavitud transitoria, no existe liberación definitiva. Todo esclavo es un condenado a cadena perpetua, pues los rebeldes redimen su culpa imponiéndose un régimen represivo más perfecto que el anterior. Como planteaba Marcuse, la culpa se redime pecando otra vez, algo así como volver a comer del árbol del conocimiento para poder regresar al estado de inocencia.

Es casi mediodía y si bien la térmica fuera de aquí supera los treinta grados dentro de este templo por momentos siento frío. Tal vez la gran estructura sostenida por sus mil columnas, quizás algunas cobras que escapan de sus canastas y a las cuales debo esquivar, o por los cientos de murciélagos que cuelgan del techo, tal vez por la inmensidad de este lugar sagrado, probablemente, porque no, por mi ignorancia.

Miles de fieles ingresan por diferentes lados, algunos con sus ligeras túnicas y saris de mil colores, otros casi desnudos. Ancianos, jóvenes, niños, . . . en algunos de ellos puedo ver las marcas que la lepra les ha dejado, en otros, miembros amputados, en la mayoría el sello de grandes hambrunas. Pero hoy aquí, no existe la tristeza, no hay sufrimiento ni dolor, todos ríen y los oscuros ojos brillan por doquier.

Shiva ha dejado su residencia después de medio año en el monte Kailash, allá en lo alto de los Himalayas, para venir aquí, al templo de Menaski, en Madurai, la segunda ciudad más santa de la India después de Benares. Y aquí, en este descomunal templo, el gran dios y su consorte serán honrados con cánticos, oraciones, flores y hasta las serpientes serán bañadas con leche. En el santuario todo es una fiesta, todo es un gran juego.

La marea humana sigue en aumento y el elefante con sus tres líneas naranjas pintadas en su trompa - cual metáfora del dios Ganesh- en la puerta principal del templo continua bendiciendo a los fieles que ingresan, honrando de esta forma a los padres celestiales.

Ah, pero hace instantes me refería al gran filósofo norteamericano de origen alemán, y a sus conceptos. En la utopía de Marcuse, hallamos la

instauración de la inocencia y el nacimiento del hombre nuevo, de este hombre-dios que supera los contrarios, vence al tiempo y a la muerte, suprime el dolor y logra el tránsito de ser juguete a transformarse en jugador.

Jugador que impone la eternidad, deshaciendo cada noche el tejido al igual que Penélope, venciendo de esta manera al mismo tiempo, donde punto de partida y punto de llegada se tocan en un círculo perfecto.

¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí sentado en este húmedo piso con mi espalda apoyada contra una de las mil columnas que me rodean? Difícil de medir, por otro lado las manecillas de los relojes de aquí van a destiempo con el que tengo en mi muñeca. El mío marca horas de sesenta minutos, todas iguales, todas indefectiblemente de sesenta minutos. Pero el tiempo donde la vida juega juegos sagrados se mide diferente, pero aun no he aprendido como hacerlo.

Estar en tránsito a convertirse en jugador implica despojarme de las costumbres que aprendí en las escuelas, en mis mandatos, debo aprender a ser humilde. . . pero aun no puedo repudiar totalmente al intelectual que dormita en mí. Los intelectuales creen que el mundo debe parecerse a lo que ellos piensan, los técnicos del poder no tienen una opción distinta. De esta manera se es proclive a sacrificar la vida presente de los hombres a la idea que nos hacemos de los modelos de organización. Pero el juego, el juego sagrado, no es regido por el intelecto y no se acomoda fácilmente a nuevos modelos.

Continúo sentado contemplando la danza cósmica que se desarrolla a mi alrededor, un gran juego, un fascinante juego. Cientos de ojos me miran, saben que no soy de aquí y sin embargo me invitan a participar de sus expresiones.

En este gran juego cada uno de los hombres y mujeres que me rodean son jugadores de un gran juego cósmico, el de lograr por medio de sus rituales la purificación de la humanidad toda, de reencontrar el paraíso perdido antes de la caída. Estos jugadores que comen en forma salteada logran interrumpir periódicamente el cotidiano comercio con la realidad y entablar una relación lúdica con el Todo, tratando de transitar el milagro de que los mortales, los habitantes del exilio, los desgarrados aspirantes al paraíso perdido se puedan instalar en el centro del juego de los dioses.

Recuerdo hace muchos años, aun adolescente, cuando una vez mi padre me preguntó que era lo más veloz del universo. ¡La luz, obviamente! me apresure a contestar, y continué agregando un sin numero de datos mas al respecto con mi elocuencia de joven. Papa sonrió, como buen vasco termino las alubias que quedaban en el plato y dijo: ¡el pensamiento hijo, el pensamiento! Como muchas cosas, las entendí varios años después.

Y gracias a este don mas veloz que la misma luz, aprendí a poder estar aquí y viajar mas allá de lo posible, y a volver aquí y a recorrer tantos caminos como fueran necesarios para lograr el tránsito a jugador de la vida.

Una niña me extiende la mano, la tomo, me incorporo y entro a formar parte de una cadena humana en la que no puedo distinguir donde comienza ni donde termina. Desde ya que no comprendo ni el hindi ni el tamil que son las lenguas que se hablan aquí, pero en este gran juego de la vida poco importa el idioma, la raza, ni aun la fe que se profese. Aquí solo se juega, se devora la vida entre cánticos y risas, los dioses se encuentran presentes y los que nos hallamos entre estas columnas ya somos semidioses.

Papa tenía razón, aun queda la posibilidad de ser más veloz que la luz, y eso lo permite la condición de ser humano, con todas sus carencias, pero con la cualidad de ser perfectible. Tan perfectible como para realizar el tránsito a convertirse en jugador del juego de la vida.

DE A PELDAÑOS

" . . . En la medida en que el sueño nos presenta un deseo como cumplido nos traslada indudablemente al futuro, pero este futuro que al soñante le parece presente es creado a imagen y semejanza de aquel pasado por el deseo indestructible". Con esta frase de "la interpretación de los sueños" el padre del psicoanálisis da una idea muy acertada de la relación pasado, presente y futuro.

Algunos sostienen que el inconsciente no conoce el tiempo, pero ¿cómo podría no estar sujeto al paso del tiempo algo que existe? Como sostiene Lacan: ". . . si escapa al tiempo, ¿a qué registro del orden de las cosas pertenece el deseo indestructible?. Pues, ¿qué es una cosa sino lo que dura idéntico por un tiempo?"

Los griegos anteriores a los padres de la metafísica, habían reconocido el carácter heterogéneo del tiempo humano y tenían un término a través del cual daban cuenta de ello: Kairos. Este es el momento del tiempo oportuno, el de la ocasión en que la posibilidad se manifiesta en la temporalidad para luego desaparecer en ella.

La densidad del tiempo humano es fluctuante y esta es una de las condiciones más espectaculares del hombre; el fluir del tiempo humano es una sucesión de ocasiones discontinuas, muy diferentes unas a las otras y a menudo muy diferentes.

El tiempo humano esta tan cargado de emocionalidad que no existe acción del hombre que escape del condicionamiento emocional. Nuestro accionar es siempre dentro de una dimensión temporal. Por eso, a veces muy a pesar de uno, nada de lo hecho puede deshacerse y nada puede volverse a hacer, por otro lado, haber sido es la forma mas segura de ser.

Minuto a minuto, escalón por escalón, el hombre elige entre un gran abanico de posibilidades presentes y esa elección será tal vez una huella inmortal en la arena del tiempo de cada uno.

"Quien asciende de peldaño a peldaño se halla siempre a la altura de un peldaño". Era aun un joven adolescente cuando por primera vez escuche esta frase del maestro Antonio Porchia; pasaron muchos años, muchos juegos, pero en la vida de un hombre siempre quedan marcas de aquellas que no solo el tiempo no borra sino que con el pasar del tiempo se acusan más y más. Parte del juego de la vida.

También decía el poeta que a veces la vida te abría una puerta, entonces entrabas y te volvías a encontrar con otras cien puertas cerradas.

Estoy a punto de apoyar mi pie sobre el primer escalón de la escalinata que tengo delante mío, cuando una anciana me toma del brazo y me dice una serie de palabras in entendibles. Mi conocimiento sobre el uzbeko solo se reduce a una docena de palabras, con lo cual me es imposible decodificar las palabras de la mujer cuya edad es imposible de fijar. Trato de decirle en diferentes idiomas que no entiendo, pero no obstante sigue aferrada a mi brazo.

De repente aparece en escena un hombre que hace de traductor. Le explico la situación, que solo quería comenzar a subir la escalera y la aparición de la anciana. Comenta algo con ella, y me dice que la mujer en cuestión solo quiere hacerme una advertencia.

Cada vez entiendo menos por lo cual pido más precisión. Y a medida que la guardiana de la escalera comienza a explayarse el hombre me explica: ". . . sube muy despacio la escalera que tienes por delante, escalón por escalón, medita cada vez que apoyes el pie en cada uno, tanto de subida como de bajada, cuéntalos hacia arriba y cuéntalos hacia abajo, y cuando te halles de regreso te haré una sola pregunta".

Nunca entenderé por qué cada tanto me suceden cosas como esta. La anciana suelta levemente la manga de mi campera y sus ojos claros muy claros se clavan en los míos, esboza una sonrisa y me hace un gesto para que comience mi ascenso.

En enero las mañanas son muy frías aquí, en Samarcanda, y hoy la nieve y el viento se hacen sentir con todo su rigor. Delante de mí, al finalizar la escalinata, se halla el mausoleo del Sha Zinda, una larga galería a cielo abierto donde a derecha e izquierda se encuentran las tumbas de hombres famosos para la cultura mongola. Para el Islam es un lugar tan sagrado que tres peregrinaciones a este santuario equivale a un "hayy", es decir una peregrinación a La Meca. Este lugar se

considera tan santo como la mezquita de Kairuan en Túnez, o la de Medina en Arabia, o la Cúpula de la Roca en Jerusalén.

Apoyo entonces mi pie suavemente en el primer escalón mientras un leve escozor recorre mi cuerpo, miro atrás a la anciana, pero con un gesto me indica que continúe. Como con temor apoyo mi otro pie, ahora ambos están sobre el primer escalón. ¿qué debo hacer?

La lógica me dice que es obvio que debo trepar los próximos y dejarme de rituales ajenos a mi cultura. Sin embargo continuo como paralizado. ¿qué quiso decir la mujer, que debía pensar? ¿cuál es este juego que desconozco totalmente?

Y de pronto una serie de imágenes comienzan a pasar por mi mente, algunas tan lejanas que ni siquiera sabía que estaban allí. Puedo verme en otros "juegos" desde niño hasta adulto, el ayer distante y el hoy se confunden. Algo de nieve impacta en mis ojos y me trae de nuevo aquí. Voy por entonces por el segundo escalón.

Al igual que frente al primero apoyo mi primer pie muy suave y lentamente, luego, el otro. Giro hacia atrás, pero la anciana ya no está, y vuelve a abrirse el arcón de mi memoria al igual que un capullo en primavera. Todo lo que aparece estaba allí adentro, no me resisto y solo fluye.

De esta forma muy lentamente voy subiendo escalón por escalón. Sin embargo aun no llego a resolver el enigma de la anciana. Por momentos me siento como supongo que se encontraba Edipo frente al acertijo de la Esfinge, o el mismo Teseo entrando al laberinto. Sin embargo aquí no hay desfiladero donde caer ni Minotauro, ¿o sí?

Sea como sea continúo mi marcha hacia arriba, peldaño por peldaño, deteniéndome en cada uno no se cuanto tiempo; de hecho a veces el tiempo no es importante.

En algunas situaciones me cuestiono si el juego de la vida no tendrá como una de sus reglas - o de sus trampas- precisamente eso. Que para ser jugador a veces hay que trascender el tiempo, tal vez entender que este es una dimensión fundamentalmente humana, porque al ser el hombre el único animal consciente de su muerte en general no sabe que hacer con ese tiempo que le ha tocado vivir, y entonces frente a la angustia de que se escapa al igual que cuando queremos retener el agua entre las manos, es cuando pensamos que debemos subir los escalones a toda velocidad, como si de esa manera venciéramos a Cronos, y se me sugiere que es allí donde debemos comenzar a subir escalón por escalón, y en cada uno mirar al dios del tiempo directamente a los ojos, tomándonos nosotros todo el tiempo del mundo en el ascenso, como diciéndole al mismo Saturno que nos hacemos dueños de nuestro propio tiempo.

De esta manera llego arriba y comienzo a adentrarme en cada una de las estancias donde se encuentran los sarcófagos pétreos magistralmente tallados, rodeados por decoraciones de mosaicos y ladrillos esmaltados. Es increíble como en no más de doscientos metros de recorrido uno pueda encontrar una variedad tan grande de cúpulas, todas diferentes y en la mayoría de ellas aun se pueden ver los restos de los nidos de cigüeñas que todos los años volverán al mismo lugar para

anidar. Dicen por aquí que donde aparecen esos nidos es donde descansa un hombre santo.

Cada vez que salgo de un interior al "pasillo" la nieve me cubre en cuestión de segundos. Y aquí sigo, pasa el tiempo, no se cuanto, pero ya es hora de volver, esta es tierra de excelente té y uno caliente vendría de maravillas. Va quedando atrás la galería de tumbas, pero ahora de nuevo me encuentro frente a la escalera, esta vez hacia abajo.

Me detengo, pienso, esta totalmente blanca, revestida de una importante capa de nieve, parece un juego pues estoy obligado a descender despacio, muy despacio ya que un descuido tendría un final poco feliz.

Primero un pie, lentamente el otro y me vuelvo a detener. Y de esta manera voy hacia abajo, mis botas por momentos parecen no apoyarse en forma segura, debo ir más lento aun. Es ridículo, no puedo pisar un escalón sin pensar, y lo paradójico, es que toda mi vida he subido escaleras rápido, sorteando los escalones de dos en dos o de tres en tres. Desplazarme por escaleras siempre fue algo tan automático que jamás se me hubiera ocurrido pensar en nada y, aquí y ahora, pareciera que cada escalón es un examen.

Faltan ya pocos y la figura de la anciana y del ocasional traductor aparecen delante de mí. Por fin llego frente a ellos, la mujer susurra algo al hombre y este me pregunta: ¿cuántos escalones ha recorrido? Mi respuesta es casi automática ya que los fui contando uno por uno. Respondo la cifra, la anciana sin edad sonríe, dice algo a nuestro interlocutor y este, poniéndome la mano en el hombro, me habla: ". . . dice la anciana que has superado la prueba, ya puedes irte en paz".

Desde ya que quiero saber a que prueba estaba sometido, pero no consigo contestación que me aclare nada en absoluto.

Pasaron un par de días, y en el Gur Emir, en la tumba de Tamerlan, quien fuera el nieto del famoso Genghis Kan, comento lo sucedido a un guía de turismo especializado en la cultura de estas zonas. Me mira se ríe, y me dice que a veces alguna anciana detiene a algún peregrino al comienzo de aquellas escaleras para hacerle la pregunta de los escalones, pero que nunca logran darle la cifra de peldaños exactos.

Pregunto entonces cual sería el significado si alguien lograra acertar el número exacto. Se vuelve a reír y comenta: "son solo cosas de viejas leyendas, tu me entiendes, la anciana y quienes le precedieron sostienen que aquel que contara los escalones justos, estaría en el camino de la iluminación. . . cosas de viejas, tu me entiendes".

En invierno las tardes en Samarcanda son frías, muy frías, y tomar té junto a estos hombres de ojos rasgados es un ritual que uno repite varias veces al día. Parte del juego.

Hoy por la mañana volví al Sha Zinda, la anciana no estaba, de hecho no había nadie, me detuve frente al primer escalón, y comencé a subir peldaño a peldaño, muy lentamente, contando la cantidad de ellos, una vez arriba, comencé a descender, peldaño a peldaño, sin apuro, dejando que mis pensamientos se perdieran por donde quisieran, que volaran libremente en cada escalón.

Una vez abajo conté la cifra, si, la misma cantidad que resultara la vez pasada ¿cuál era el juego? Parece que en el juego de la vida, algunos juegos se entienden después de jugarlos y solo después.

La vida es en síntesis una suma de escalones que uno va recorriendo, de dos en dos, de tres en tres, por momentos tan rápido que no vemos nada. La anciana me enseñó a jugar uno de los juegos mas sutiles de la vida, el de ir por la senda estando en cada instante en la senda, de contar en la cuenta en todo momento, de vivir cada escalón.

Pasó el tiempo, pero desde entonces, aprendí a transitar la vida peldaño a peldaño.

*La gente viaja para maravillarse,
ante las cumbres de las montañas,
ante las enormes olas de los mares,
ante los grandes cauces de los ríos,
ante el movimiento de los astros,
y pasan ante ellos mismos sin maravillarse.*

San Agustín.

EL JUEGO DE SER.

La pregunta me causó una sensación mezcla de estupor y gracia. A veces, esto de andar por ahí dando charlas sobre temas que otros suponen que uno sabe, lo colocan a uno en situaciones extrañas. No bien concluyo mi exposición alguien pregunto: ¿dentro de que movimiento ideológico se ubicaría usted, profesor?

Me sonreí, y lo miré al igual que al resto del auditorio y le dije: le voy a contestar como lo haría Unamuno:

“Hay días que me despierto ateo, otros que me siento místico. Pero tengo días peores. Algunos abro los ojos y soy todo un socrático, luego almuerzo marxista, tomo el té existencialistamente, y ceno de la mano de Buber. Ni le cuento las noches de insomnio, las veces que junto a Gorgias o a Kierkagaard vemos amanecer.”

Esta respuesta termino en una carcajada generalizada. No obstante no siempre fue así. Cuando era joven, frente a una pregunta de este tenor, la respuesta hubiera sido contundente: “soy racionalista, posmodernista, existencialista, o algún *ista*”, no me hubiera permitido la libertad de no pertenecer a alguna casta. Pero el juego de la vida nos permite, a medida que avanza, jugar más suelto y por consiguiente poder elegir mas allá de los mandatos y de las viejas ataduras. Como decía mi abuela, andar por la vida en pantuflas, sin estar todo el tiempo cuidando el nombre de uno, pues de tanto cuidar el nombre, uno se olvida de cuidar el uno y un buen día se encuentra en el entierro de su nombre y ya es tarde para cuidar al uno. De hecho si paso el tiempo cuidando solo un nombre, simplemente no cuido a ninguno.

Pero el poder pensar o sentir cosas diferentes en un transcurso breve de tiempo no es de ninguna manera sinónimo de indecisión, duda o de haberse transformado en una veleta, muy por el contrario, el poder asumir que uno es muchas cosas, una unidad en la diversidad, es un claro ejemplo de que el hombre *puede*.

Planteaba Virgilio su añoranza por la perdida de la inocencia primera al haber sido expulsado hacia un ancho mundo, hacia una multiplicidad siempre creciente. El eterno problema, la multiplicidad, aquello que me seduce, me fascina, pero que no me contiene. Y es entonces cuando se busca algo que nos salve de la dispersión.

Desde ya que existen constantes con las que no negocio. Aquellos pecados capitales como no matar, no robar, no profanar, eso no esta en discusión. Al igual que entregarse a un gran amor y poder entonces solo ver un par de ojos, sentir una sola piel, respirar un solo aire en común. Por supuesto que hay situaciones donde uno solo elige a un uno.

El Corán autoriza al hombre a tener hasta cuatro mujeres, pero aclara inmediatamente -cosa que la gente no lee- siempre que pueda amarlas a todas igual. Le pregunto al lector ¿se puede amar a dos, tres, cuatro, personas de igual manera? Yo sostengo que no pero, claro, es mi opinión.

El juego de ser es, sin más, el juego de ser uno y uno puede ser -y de hecho lo es- una multiplicidad de cosas.

Los maestros ayurvedas dicen que todos los días mueren miles de células de tu cuerpo, el cual a la vez regenera otras miles, con lo cual hoy ya eres otra persona diferente a la de ayer. Al igual que Heráclito que sostenía que nunca nos bañamos dos veces en el mismo río.

El juego de ser, es a la vez el juego de hacerse, y hacerse es ir eligiendo dentro de esta multiplicidad que tanto angustiaba a Virgilio. Pero la elección debe ser desde la libertad, sino la vigencia del cuento de

la caverna nos continua manteniendo encadenados al igual que lo estaban los personajes de Platón en aquella cueva.

A través de tantos años de andar por diversos lugares del mundo, uno va llenando su haber de cuentos, leyendas e historias, algunas de ellas simplemente inverosímiles. Por otro lado, como bien señala Mircea Eliade, al igual que el primitivo reemplaza religión por magia, en oriente se yuxtapone mito con realidad.

He escuchado maravillosas historias de boca de beduinos, monjes y peregrinos, de diferentes razas y religiones, pero lo que voy a contar es una historia que aconteció en las costas de Sri Lanka, hace mucho, mucho tiempo, tanto que casi la memoria de los hombres no recuerdan. . . . Érase una vez que se produjo un gran encuentro entre dos dioses:

Todo comenzó cuando Zeus, el gran dios del Olimpo, decidió dejar su morada para viajar hacia el este montado en su gran carro tirado por enérgicos caballos alados. De esta forma, munido de su alforja cargada de rayos, se elevó por los cielos hacia la salida del sol.

Pero quiso el destino, que en ese momento, Shiva, el gran dios destructor y generador, abandonara su morada en los Himalayas montado en su vehiculo, el gran toro Nandi, con intenciones de conocer las tierras del poniente.

Y como el destino parece que no solo juega con los hombres, quiso que los dioses se encontraran en el cielo, cada uno frente al otro desde su propio trono. Si bien nunca se habían visto, ambos dioses conocían por demás la existencia del otro, así que una vez enfrentados:

-Debo suponer que tu eres Shiva, y ¿que haces tan lejos de tu morada en el monte Kailash?- pregunto Zeus mientras su cuadriga tan potente solo podía ser sostenida por el brazo del gran dios, como si fuera el máximo auriga.

-Lo mismo me pregunto yo, ya que solo el gran Zeus del Olimpo puede dominar tantos rayos en su mano, y ¿que haces tan lejos de tus demonios?- respondió Shiva mientras el gran toro sacaba fuego por su nariz.

-Ya me habían hablado de la habilidad de jugar con las palabras del dios del oriente. Pero debo decirte, Shiva, que me encontraba algo cansado de estar en mi morada y que ni el rapto ni los juegos con ninfas ya me divierten como en otros tiempos, así que decidí conocer las tierras del este, dejando a Hades y a Poseidón a cargo de mis tareas.

-Oh! mi dios del poniente, pareces acaso mi hermano gemelo, ya que lo mismo me estaba pasando a mi. Tanto las altas cumbres de los Himalayas, como mis selvas, y los cientos de templos dedicados en mi honor me han aburrido, así que dejando a Brahma y a Vishnu al control de todo, decidí dirigirme hacia otras tierras donde se oculta el sol y montado en mi gran amigo, pues aquí me tienes delante de ti.

-Pues bien Shiva, que este encuentro sea el principio de una gran amistad.

-Sea así pues, gran Zeus.

-¿Que hacemos entonces ahora lejos de nuestros tronos amigo mío?

-Escucha dios del rayo, desde hace tiempo, mucho tiempo, que deseo tener una morada diferente, realmente no se como, ya que existen

tantos templos dedicados a mi, pero algo diferente, no se si me comprendes.

-Debo confesarte que a mi también me gustaría una morada sin tantas columnas de finos mármoles y piedras preciosas, sin tanta decoración, sin todo eso que mis seguidores hacen a sus arquitectos erigirme.

-Eso, con menos oro, plata, metales. . .

-Sin tantas fuentes en mi honor.

-¿Que hacemos pues?

-Escucha Zeus, el juego es uno de nuestros placeres predilectos, busquemos a un hombre que nos proponga una nueva morada, aunque sea para pasar en ella un tiempo de vez en cuando.

-¿Un mortal? ¿Acaso te ha vuelto loco el viento del oeste?

-No seas aburrido, olvida el Olimpo y sígueme hacia el sur, a las azules aguas del Índico. Vamos, tú Zeus, que has hecho mil locuras transformándote en toro para raptar a Europa, en cisne para poseer a Leda y miles de cosas mas.

-Oye, no sabia que conocías tantas cosas de mí.

-La vida de los dioses no es tan secreta e insignificante como la de otras criaturas que vagan por la faz de la tierra, pero olvida todo y sígueme.

Y de esta manera la vigorosa cuadriga helena surcó los aires siguiendo al gran toro. Al tiempo de viajar, en la playa de una isla del sur de la India, los dioses divisaron a un hombre solitario que dibujaba formas sobre la blanca arena con sus dedos.

-¡Mira Zeus! Un mortal jugando como lo hacen ellos desde niños, haciendo estupideces sobre la arena, ven sígueme.

-Creo Shiva que debo estar demente al seguirte, no obstante lo prefiero a discutir con Hera, Hermes o Pan, pero escucha, no podemos presentarnos ante este infeliz en estas condiciones.

-Tienes razón, ¿que sugieres?

-Dejemos en los cielos nuestras cabalgaduras y cambiemos nuestras apariencias, yo en lobo y tú. . .

-Ah, Zeus, tu y tu compulsiva costumbre de mudar tus apariencias, pero valga, yo. . .yo en mono y vamos de una vez.

-Te imaginas Shiva, cuando dos animales le hablen el susto que recibirá el humano.

-Si, ya lo imagino y lo disfruto, así que adelante amigo lobo.

Mientras tanto, el hombre continuaba borrando con la palma de su mano, alisando la arena y volviendo a dibujar sobre ella con sus dedos, ignorando que dos animales se le acercaban.

-¿Que dibujas buen hombre?- pregunto el lobo a pocos pasos de el.

El hombre lentamente giro la cabeza, miro al lobo y en voz suave contesto:

-Oh lobo, trato de encontrar inspiración- y sin modificar ningún cambio siguió dibujando con su dedo.

Fue el mono entonces quien pregunto:

-¿Buscas inspiración arrodillado en la playa bajo este sol que te calcinará?

-Pues mira mono, de hecho no he encontrado un lugar mejor- y el hombre continuo su trabajo mientras Zeus y Shiva quedaban perplejos pues el humano no se había asustado al enfrentar a dos animales que le hablaban.

Fue entonces el lobo quien preguntó con aire molesto:

-Escúchame, ¿notas acaso que mi amigo, el mono, y yo te estamos hablando?

-Por supuesto lobo, de lo contrario no hubiera contestado.

-No te resulta extraño que dos bestias te hablen- agrego el mono.

-Mis queridos amigos, mis sienes ya se blanquearon por el tiempo, y por recorrer tantas leguas, mis ojos no ven como antes, mis oídos escuchan menos y mis piernas no tienen la fuerza que alguna vez tuvieron, he conocido hombres y mujeres de cien razas y credos diferentes, he visto la lluvia, la sequía, la nieve, conocí la felicidad y el dolor, y mil cosas mas. . . . ¿por qué debiera llamarme la atención que un lobo y un mono me hablen? Será porque los dioses así lo quieren

-¿Los dioses?- murmuraron al unísono los visitantes

-Si, los dioses, mis queridos amigos, pero no creo con sinceridad que vosotros comprendan mucho de dioses.

-Y tú, hombre, como sea que te llames, ¿sabes acaso algo de dioses como para enseñarnos? Nos encantaría saber de esas cosas.

-Os pido perdón, mi nombre es Igal, y realmente no se mucho de nada, pero con respecto a dioses, solo puedo decirles que es por ellos que aquí me encuentro dibujando en la playa.

-¿Por los dioses?- otra vez el coro fue al unísono, mientras el mono y el lobo se miraban con cierta molestia.

-Así es mis amigos, hace algunas lunas, me encontraba yo en la puerta de aquella gruta, que se encuentra detrás del médano, mirando las estrellas y escuchando el ruido del mar. Yo nací en un lugar muy lejos de aquí, del que casi no recuerdo y eche a andar caminos por el mundo sin rumbo fijo, pero en las noches cálidas cuando me encuentro cerca del mar y escucho el romper de las olas sobre la playa, recuerdo, aunque muy borrado, momentos de mi niñez. . .

-Pero, ¿con respecto a los dioses?, interrumpió el mono.

-Ah, los dioses, bien. De joven supe estudiar el arte y la ciencia de la arquitectura y en mi ambular llegue a construir edificios y monumentos los cuales nunca volví a ver. . .

-¿Pero eso de los dioses?, insistió el mono.

-Pero que sois ansiosos, amigos míos. Os lo estoy contando. Hace algunas lunas, como les he dicho, estaba yo hablándome, a mí y a las estrellas, hasta que fui interrumpido por un extraño ruido de un aleteo. Al darme vuelta estaba posado detrás de mí un gran halcón como no podría existir otro igual. Debo reconocer que al principio me asusté hasta el punto de paralizarme, hasta que el ave con voz suave y dulce, pero contundente, me preguntó:

- Hombre, ¿acaso tu eres Igal, quien ha construido morada para hombres y bestias?

- Halcón, soy solo un mortal que trato de servir lo mejor que puedo con lo poco que tengo en mi haber a quien lo pueda necesitar.

- ¡Pues bien, yo te necesito ahora!
- Pero jamás he hecho un nido para un ave como tú.

Y de repente, frente a mí, una luz me cegó y al recobrar la visión, estaba ante mí una criatura increíble, un hombre enorme con una armadura brillante, su casco con grandes cuernos, montado en un brioso corcel y con un enorme martillo que al hacerlo girar parecía un gran molino. La misma voz del halcón salió de sus labios.

-Igal, yo soy Thor, el dios de la guerra y el trueno, y el enviado del dios supremo Odin, quien gobierna los mundos más allá de la puesta del sol. Mi amo supo de ti y me mandó a pedirte que dentro de nueve lunas tengas construida, para él y su séquito, una morada donde habitar en sus viajes por estos lejanos mares. Volveré exactamente cuando se haya cumplido el plazo.

-Y de repente la luz volvió a cegarme y al poder ver, observe al gran halcón alejándose en la dirección del poniente. De esta manera como podéis ver mis amigos, a los dioses debo entonces mi preocupación.

Un largo silencio siguió a la exposición del arquitecto, la cara de confusión del lobo y del mono era notable, no obstante este último preguntó:

-Igal, ¿es que acaso piensas que nosotros podríamos ayudarte en tu obra?

-¿Nosotros?, acotó el lobo.

-¡Si, nosotros lobo, por Odin!

-No quiero que vuelvas a repetir ese nombre si quieres seguir siendo mi amigo, simpático mono- recalcó el lobo.

-Escuchad- dijo Igal- me serían muy útiles la astucia y sagacidad del lobo junto a la inteligencia y la elocuencia del mono. Vamos pues, hombre y animal juntos, de esta forma quizás logremos realizar la morada de los dioses.

-Creo que comienzo a extrañar las quejas de Hera y el tridente de Poseidón- exclamó el lobo.

-No te entiendo dijo Igal.

-No lo escuches, -agrego el mono- cuando mi amigo está mucho tiempo al sol comienza a desvariar, ¿no es acaso así mi viejo amigo lobo?

-Debe ser así, si tú lo dices- contestó el lobo a regañadientes mientras preguntaba:

-¿Has pensado Igal, supongo, en grandes columnas de blanco mármol, con incrustaciones de piedras preciosas?

-Y con grandes cantidades de oro, plata y marfil revistiéndolo todo- agrego el mono.

-No, pues no, mis fieles amigos, el gran Odin con solo pensarlo podría tener todo eso y mucho más. Los dioses pueden tenerlo todo, todo. . . o casi todo.

-¿Como es eso de casi? – insinuó el lobo.

-Mira amigo lobo, si fuera un gran arquitecto, debiera ofrecer al gran Odin y a todo su séquito algo propio de los dioses. He escuchado de algunos hombres entre los hombres, que aseguran que cerca del Egeo existe un lugar que llaman el Olimpo, donde según cuentan, si bien

ningún ojo humano lo ha visto, que habitan dioses que viven en eternas disputas. También he oído que en lo alto de los Himalayas, en la techumbre del mundo, habitan dioses que pasan la eternidad destruyendo y regenerando en un eterno devenir sin fin. Creo mis amigos que la morada de Odin debe proveer la posibilidad de darle paz, de sentirse consigo mismo, de poder mirar las estrellas desde la faz de la tierra y no desde los cielos y escuchar el ruido del mar. Es por eso que he pensado en acomodar la vieja cueva que habité últimamente.

-¡Una cueva para un dios! ¿No temes, acaso, que toda la furia de Thor caiga sobre ti si lo considerara una ofensa?

-Amigo lobo, soy solo un mortal y pensar que un dios pudiera perder solo un minuto de su tiempo en enojarse conmigo sería un rasgo de omnipotencia de mi parte. Solo haré lo que considero que es correcto.

-Pues bien, tu mandas y nosotros obedeceremos,- aseguró el mono.

De esta forma, los tres comenzaron a llevar ramas y hojas al interior de la gruta. Con cañas y palmas se armaron tendidos de sombra y en poco tiempo la cueva se transformo en un simple pero acogedor sitio.

-Ya no hace falta más, sino solo esperar el regreso de Thor- acotó Igal.

Y así los tres amigos pasaron los días y las noches juntos, riendo, cantando, bailando en la playa, contando mil historias, hasta que una noche entre las noches, cuando el mar había callado y solo el silencio era el protagonista, una gran sombra alada se perfilo delante de la luna llena. En pocos segundos el gran halcón se posó delante de ellos, y en un abrir y cerrar de ojos Thor apareció con todo su esplendor.

-Bien arquitecto, aquí estoy como he prometido.

-Te estaba esperando,- contesto Igal- solo espero que lo que hemos hecho con mis amigos sea de tu gusto.

-¿Pero dónde esta el gran palacio, las enormes rampas, las trompetas y las grandes fuentes?

-Gran Thor, tanto tu como tu soberano Odin, ya tienen todo eso. Aquí el gran palacio lo ha hecho la naturaleza a través de miles de años, horadando esta gran piedra, las rampas fueron hechas por las arenas de esta hermosa playa, las trompetas suenan si escuchas el ruido de las olas, y para fuentes tienes toda la inmensidad de este océano turquesa. Ahora por favor, entra en esta humilde morada y recuéstate y déjate sentir.

-Pero la entrada es muy pequeña- acotó Thor.

-Pues agáchate un poco, después de todo los dioses todo lo pueden-acotó Igal.

Thor se quito el gran casco que cubría su cabeza, se agachó y una vez dentro de la cueva se echó sobre el lecho. El lobo y el mono seguían la escena listos a esperar la reacción del dios.

-Bueno, no esta mal, es mas es acogedor, debo confesar que algo extraño, diferente. . . imaginé a mis valquirias aquí. Debo admitir que es diferente a lo acostumbrado, pero... pero. . .

Y de repente el gran dios entro en un sueño profundo.

-Dejémoslo descansar, debe estar cansado de tanto viajar,- señalo Igal y los tres salieron de la cueva.

Con los primeros rayos del sol, el aletear del gran halcón despertó a los tres amigos.

-Pues bien arquitecto, realmente hacia mucho tiempo que no descansaba tan bien. Tú obra no solo que agrado a mi cuerpo sino que también nutrió mi espíritu. El gran Odin y todo nuestro trono pasaran aquí largas estadias. Pero ahora es el momento de tu paga, de tu recompensa. Solo dime lo que deseas y el beneplácito de Thor caerá sobre ti.

-Mi recompensa señor, ha sido ya pagada al poder darte la morada que me pediste. Que tu me hayas encargado a mi, un simple mortal, que realizara tu obra, eso solo ya cubrió con demasía mi paga.

-Pero Igal, arquitecto de los dioses, puedo darte toda la fortuna del mundo, puedo ofrecerte tanto oro, plata, diamantes como lo que tu imaginación pudiera abarcar.

-¿Que podría hacer yo con todo eso?, mi vida o lo que quede de ella es muy corta para tantos tesoros.

-Bien, te daré entonces lo máximo que un mortal desea, buen Igal, te daré la vida eterna, la inmortalidad y así vivirás por siempre.

-No, por Odin, no hagas eso. La esencia de mi vida esta en mi finitud y tal vez el reconocer eso, pueda servir para que cada día sea un poco mejor. No me quites por favor mi tesoro. Ahora bien, si quieres ofrecerme un favor, concede a mis amigos el lobo y el mono la felicidad para toda su vida y de esta forma me harás feliz a mi.

-Humano, realmente no te entiendo, pero si este es tu deseo, así será. Tus bestias amigas, tendrán la felicidad por el resto de sus vidas, pues el gran Thor así lo quiere.

Una gran luz brilló y brilló hasta encandilar todo y la sombra del gran halcón se fue desdibujando poco a poco hasta perderse en el horizonte. Cuando la luz dejó de brillar y todo volvió a la quietud, el mono pregunto a Igal:

-¿Por qué has desperdiciado la oportunidad de ser casi un dios?

-Amigo mono, yo nací hombre y así he de morir. No podría de otra forma, al igual que tú eres mono y nuestro común amigo lobo. Solo los dioses pueden ser de otra forma, y ¿sabes?, no me arrepiento de ser lo que soy. De esta forma podré seguir contemplando las estrellas y escuchando el mar sin estar mudándome en halcón, sin necesidad de utilizar mascarar.

-¿Que harás ahora?- preguntó el lobo en voz muy baja.

-Realmente no lo sé. Seguiré mi camino haciendo lo mejor que pueda, aunque ya nunca haré morada para los dioses.

-Nunca digas nunca mi buen amigo, la vida de los hombres y tal vez la de los dioses es impredecible- acotó el lobo.

-Tal vez, tal vez. . . pero ya es hora de separarnos amigos, mi tiempo aquí llegó a su fin. Lobo, mono, he aprendido mucho de vosotros y los extrañare aún mas, todo el tiempo que dure mi vida. Soy muy afortunado porque los dioses los hayan puesto en mi camino, tal vez algún día nos volvamos a encontrar.

Y de esta forma el arquitecto de las sienas blancas, ligero de equipaje se despidió de sus fieles amigos, quedando estos sentados en

la playa, viendo como el hombre se perdía a lo lejos. Cuando Igal estaba mas allá del horizonte, ambos dioses recuperaron sus verdaderas formas.

-Ah, ya estaba cansado de caminar en cuatro patas, viendo a ese de armadura brillante con su estúpido martillo tratarme como una bestia.

-No te enfades Zeus, era nuestro juego, el juego de la vida. Por otro lado no fue Thor el que te molestó ¿o me equivoco?

-Es cierto gran Shiva, ese mortal Igal, me ha confundido. Nos ha tratado bien, muy bien, compartió lo poco que tenía en partes iguales con nosotros, me ha enseñado mas cosas que todos los dioses del Olimpo, que no son pocos, ha logrado realizar la morada de los dioses y para colmo nos ha hecho bendecir con la felicidad eterna.

-Yo siento lo mismo, confusión. Pensé en hacer algo por Igal, pero creo que él es el artífice de su vida y que aun ni los dioses debíamos interferir en ello. En este juego de la vida de los mortales Igal ha decidido ser jugador, elegir, poder, y eso casi ya lo convierte en un dios, aunque el no lo sepa nunca, y además él jamás deberá mudar su apariencia.

-Totalmente de acuerdo contigo. Bien amigo, el Olimpo me espera y supongo que a ti los Himalayas.

-Así es Zeus, será hasta la próxima vez.

De esta manera partió cada uno en su cabalgadura, uno hacia el oeste y otro hacia el norte.

Cuentan algunos pescadores y lugareños que han escuchado decir a algunos hombres que, a veces, en las noches de luna llena cuando el viento calma totalmente, han visto cerca de la playa las sombras de un lobo, de un mono y de un halcón sobre una vieja gruta.

Y con respecto a Igal, me han contado algunos beduinos, que han escuchado hablar de un anciano de cabellos muy blancos que pasaba días enteros en el desierto, dibujando con su dedo gráficos sobre la arena del desierto, cerca de una vieja ciudad nabatea. Algunos coinciden que frecuentemente lo acompaña un gran halcón.

Si, tras andar tantos años por el mundo, uno escucha historias tan inverosímiles que se parecen a la vida misma, al mismo juego de la vida.

Si, a veces despierto socrático, almuerzo kantiano, meriendo existencialista y cenando marxista. Ni hablar de las noches de insomnio... ni hablar.

Si, algunos días me siento, miro el cielo y pienso. Otros días solo me siento y miro el cielo. Es parte de un gran juego sagrado, el juego de la vida, el cual incluye hombres, bestias y porque no, quizás también, a los dioses. De usted y de mi dependerá si seremos espectadores, juguetes o si al fin nos convertiremos en jugadores, aunque las sienes ya hayan emblanquecido. La decisión es nuestra.

DE LAS MARCAS

El juego de la vida es un tránsito, una travesía que va dejando marcas irreversibles, y estas marcas en muchos casos se transformaron en hitos que fueron las causas de puntos de inflexión en la vida de cada uno.

Decía Oscar Wilde que “vivir es la cosa mas rara del mundo, y que la mayoría de la gente solo existe”. Patético pero no por eso irreal.

Desde ya que en todo juego, todo jugador anhela el “golpe de suerte”, parte del sueño común, un deseo de que el azar me toque con su vara de la fortuna, una actitud mágica. Pero la magia no es la huida de la realidad, la magia es una aurora de incertidumbre que permitiría una elección entre cientos de posibilidades. La espera del azar es más que juego de azar.

Esta mañana, particularmente, el Fuerte Rojo esta abarrotado de mendigos pidiendo limosna, tanto, que es sumamente difícil caminar y sortear a los encantadores de serpientes, especialmente a estas últimas. El hormiguero humano es indescriptible, realmente Nueva Delhi no es un lugar apropiado para contar gente, ya que seria imposible. Tras tantas veces de haber venido a este lugar, hoy estoy buscando una inscripción que nombra Octavio Paz en una de sus obras, y de la cual

no tenía conocimiento. Así que por aquí deambulo con un amigo que habla urdu, ya que lo que estoy buscando está escrito en ese idioma o, mejor dicho, esculpido en la piedra, hace algunos siglos en el auge del período mongol.

En muchas personas que me rodean puedo ver las marcas que los largos ayunos fueron dejando, junto a otras, producto de enfermedades terribles. Marcas, siempre marcas.

A diferencia de muchos de los que me rodean yo siempre he comido, bebido, he tenido la suerte de contar con un lugar para dormir, y tantas otras cosas que para estas personas sonarían como un cuento fantástico de las mil y una noches. En el último caso, he tenido suerte. No obstante ¿dónde se reflejan mis marcas?, ¿en cuál de mis arrugas se plasman mis miserias?, ¿en cuál mis alegrías?

Es increíble, puedo leer las marcas de la lepra, de la viruela o de otras lesiones en los seres humanos que me rodean, pero a veces ni siquiera puedo leer mis propias marcas. Y al estar incapacitado para leerlas, me es imposible encontrar aquellos puntos de inflexión a los que me refería al comienzo. Casi me había acostumbrado a un orden lógico de las cosas donde no era necesario replantearse nada, casi me había acostumbrado a no reírme, a no llorar, casi me había acostumbrado a que nada me marcara, casi me había acostumbrado a no ser jugador. . . casi.

Pero las marcas, aun al más ciego, cuando son del orden **de lo superior**, cuando esas marcas trascienden la serie de las cosas que están todas en serie, se presentan frente al humano con toda la fuerza de lo real. Y marcan para siempre al igual que un hierro candente deja de por vida, eternamente, su marca sobre la piel.

Surendra, mi amigo indio, se detiene y señala con su dedo una inscripción en el muro de color rojizo del fuerte: ". . . allí tienes lo que buscas", comenta con su voz suave.

-Léeme exactamente lo que dice la inscripción- le pido rápidamente.

-“Si el paraíso existe, esta aquí, exactamente aquí”- responde mi amigo.

Rodeado de un universo de pobreza, con una población sumergida por un crecimiento demográfico galopante, entre tanta gente con marcas, parece absurdo esta inscripción: “el paraíso esta aquí”. Extraño juego este del vivir. Le digo a Surendra que vuelva a sus cosas y que esta noche nos juntaremos a cenar, nos despedimos y me siento en el piso junto a un joven con sus piernas mutiladas que gana algunas rupias como encantador de serpientes.

Me mira, sonrío, y mientras trata de que sus cobras no se alejen demasiado de sus canastas, me dice: - Buen día, hoy los dioses nos han obsequiado un buen día.

Sonrío y solo se me ocurre contestarle: -Sí, es un buen día.

Marcas, puedo contar las costillas de las vacas sagradas que tengo a mí alrededor, marcas de su magra alimentación. Marcas, las del encantador. Marcas, las que han dejado en su cuello las tiras de cuero del mono que se sentó a mi lado buscando comida. Marcas, pareciera que todo esta teñido de marcas. Y entonces me pregunto si el juego de la vida no es eso, un juego marcado.

Sentado aquí, en este suelo lleno de polvo, sucio, comienzo a entender como este lugar se transforma en un nicho donde germinan y hierven las semillas de lo imaginario. Ahora este lugar se convirtió para mí en un oasis donde mi nomadismo se detiene a reflexionar.

Los hombres ante los seres y situaciones que suceden en torno a ellos pueden –y de hecho lo hacemos- asumir diferentes actitudes, pueden mirar de diferentes maneras. Pero hay una mirada fundida con la emoción, donde lo observado y el observador terminan por identificarse y aún más, por fundirse. Ya Aristóteles roza esta hipótesis al referirse a la Katarsis trágica, donde uno es arrastrado por las pasiones, las miserias, los contratiempos.

La catarsis es un proceso de purificación interna donde, violentamente sacudido por los acontecimientos que se despliegan frente a él, el hombre descarga de una vez su mochila cargada de cosas que ni sabía que cargaba. Pero también existe otra mirada ya no catártica, la redentora, donde cuando uno ve a un mendigo se convierte en mendigo mientras mantiene la mirada, y mas aun.

Alguien podrá pensar a estas alturas que también está la mirada racional, aquella que aleja al objeto del observador, aquella que disocia, pero, aquí y ahora, sobre este suelo de polvo, esta última no me importa. Solo trato de concatenar las dos primeras que tienen en común la emoción, aquellas que vienen desde las tripas, las únicas que pueden ponerme en contacto con mis marcas, las que me permiten entender **donde** y **cuando** fueron esas marcas, la profundidad de ellas y fundamentalmente que es lo que está fuera de la serie de las cosas en serie.

Y como por un golpe de suerte, por azar, mágicamente, comienzan a desfilar ante mí aquellas marcas, puedo verme “marcado” y comienzo a entender que son éstas marcas a fuego las que me definen, las que han hecho este Leonardo que se encuentra sentado aquí. De hecho, si no fuera este, simplemente sería nada.

Entiendo que el juego de la vida es de una sutileza tal que es por eso que Wilde sostenía que la mayoría de la gente existe en vez de vivir. Y entonces comprendo lo fácil y simple que es vivir. Entiendo por fin el significado de la inscripción en la pared: “. . . el paraíso esta aquí”. Claro, no se refería al lugar, de hecho quien construyo esta obra sabía que quizás algún día podría ser una ruina, el “aquí” del paraíso era el aquí de cada hombre que leyera la metáfora.

Me levanto, sacudo mis pantalones y dejo algunas rupias en las manos del encantador mientras me pongo a caminar sin rumbo. Sí, hoy es un buen día, es excelente. Para recordar los mejores momentos, aquellas marcas indelebles: enamorarse, reírse hasta que duela, tener a alguien que te diga que te quiere, escuchar aquella canción que te recuerda a alguien especial, mirar atardecer, reírse de uno mismo, reírse sin motivo.

Sin lugar a dudas la lista debe ser muy larga, pero le dejo a usted que continúe con ella, es decir con sus marcas.

DARSANA

La palabra para designar "filosofía" en sánscrito, es Darsana, cuya traducción es "ver", "designar", "meditar". Ya hace tiempo que me encuentro en este país con fieles hindúes bañándose por millares en sus ríos sagrados, ascetas orando por doquier, elefantes y camellos suntuosamente vestidos paseando por las calles junto a las desnutridas vacas sagradas, pueblos con sus dioses a quienes sus habitantes veneran como algo familiar y maravillas de arte imposibles de transmitir.

Y entre todo, en medio de este caleidoscopio, me encuentro tratando de entregarme al darsana.

Luna llena en Rishikesh, el sol se encuentra en Capricornio y Júpiter en Aries, otras conjunciones menores están alineadas.

Rishikesh, la ciudad de los sabios, solo su nombre ya impresiona. Tamaña soberbia la mía el solo pisar este suelo santo. Pero en el juego de la vida, al igual que a los niños se les está permitido algunos pequeños pecados, ciertos occidentales también contamos –a veces- con la posibilidad de extralimitarnos.

Mitad de mayo aquí al norte de la India, madrugada, temperatura mucha, muchísima, durante el día la térmica superó los cuarenta y seis grados, viento inexistente, cielo estrellado. ¿Dormir? Imposible. Hoy finalizara lo que durante años esperé y lo que en estos últimos días vengo viviendo, El Kumbh Mela, la mayor y descomunal convocatoria espiritual del planeta, la gran reunión de fieles que tiene como objetivo la purificación de la humanidad toda. Un mega juego de la vida.

No sé cuanto tiempo de vida me quede aun, de hecho no es demasiado importante, pero lo que suceda hoy, jamás será olvidado. Al atardecer, cuando la primera estrella aparezca en el firmamento, una marea humana de millones de hombres y mujeres, comenzará su inexorable camino hacia el Ganges, donde los swamis dirigirán la ceremonia final.

Nadie salta fuera de su sombra y de esta manera, hoy, la mía se sumara a la de millones de peregrinos. En las ceremonias de los días anteriores, me pareció sentir que la vida es un banquete y que gran parte de la humanidad- al menos dentro de la cual crecí y vivo regularmente- se muere de hambre. Pues los manjares están al alcance de nuestras manos y sin embargo nuestra ceguera no nos permite verlos. Desde ya que me refiero a los manjares que llenan el espíritu, el alma o como cada uno quiera llamarlos.

Es notable, no soy creyente, y sin embargo me encuentro jugando en el juego más espiritual del mundo. De hecho no importa demasiado la religión que uno abrace, ni a los dioses que se oren, ya que en el fondo todos somos peregrinos, caminantes en busca de la perfección y, por consiguiente, de un sin fin de perfecciones menores que nos hacen mejores personas. La única diferencia es que algunos tardan menos y otros tardamos más tiempo. ¿Que hago aquí? Como en todos los momentos trascendentales de la vida ya no hay lugar para preguntas

sin respuestas, parte del juego de la vida, un transitar de preguntas sin respuestas, tal vez parte de nuestra condición humana.

Cuando uno se encuentra frente a situaciones que lo superan ampliamente, donde parece al fin de cuenta haber sido convertido en solo un juguete, es allí, precisamente allí, donde el hombre esta en condiciones de dar ese salto cuántico hacia un aparente abismo, pues se aprehende fundamentalmente de la caída, y es tras ella que el humano despegas –si se convierte en jugador- en un verdadero ser erecto, apoyado y caminando sobre sus propias piernas, sin necesidad de andadores.

Desde aquí puedo ver algunas de las ofrendas que aun recorren el caudaloso Ganges, barquillos de hojas de palma portando velas encendidas que los fieles depositan en el agua. Hoy por la noche, miles de estas ofrendas transformaran la oscuridad en día.

Excelente metáfora del juego de la vida: transformar las sombras en luz, en síntesis, lo que se necesita para convertirse en jugador. Darsana, algo que jamas me enseñaron ni en las escuelas ni en las universidades, algo que pareciera tan elemental y que sin embargo no figura en ninguna currícula facultativa.

Muchas veces, después de haberme pasado la vida estudiando ininterrumpidamente, y con varias décadas de profesor sobre los hombros, me parece que están ausente las verdaderas cosas importantes de la vida en todos los discursos mas allá del nivel de ellos.

Y tras posgrados, master, publicaciones y todo ese bleff, aquí rodeado de gente semidesnuda, mal comida y, en gran parte, enfermos, siento que uno puede ser jugador del juego de la vida, mas allá de las contingencias, mas allá de los mandatos, mas allá de las miserias y aun mas allá de las imposibilidades, miedos y limitaciones. Aquí aprehendo que el hombre **puede**, y en ese poder radica la maravilla de nuestra especie. Pero ese poder solo sirve si se sabe qué se quiere, dónde se quiere ir. A veces el vértigo donde vivimos se me hace como una parodia donde alguien sale a la ruta con un automóvil de última generación a más de doscientos kilómetros por hora, pero sin rumbo, y de esta forma anda y anda hasta quedarse sin nafta y es allí donde descubre el error, a veces tarde, otras patéticamente tarde. Mientras tanto, otro salio a la ruta a pie, lentamente, con poco equipaje, pero con la convicción de hacia donde se dirigía, y un buen día ese caminante llega a destino. Este último es el verdadero jugador.

Pero ¿por qué esto de ser jugador? Porque son los verdaderos jugadores del juego de la vida, aquellos que se han podido liberar de las viejas armaduras y de las constantes ataduras, los que lograrán que algo pueda crecer como respuesta a la destrucción de los valores básicos, al relativismo ético, a la ausencia de solidaridad, a la banalización de la cultura, en síntesis, a la estupidez a gran escala.

Comienza a amanecer, me coloco mi vapuleada túnica que alguna vez fue blanca, y me dirijo a las orillas del río mas sagrado del mundo a juntarme con millones de personas que no conozco. Un juego mas, impredecible, pero inexorable. Algo cambió para los que nos encontramos estos días por aquí; lo notamos en los encuentros de

nuestras miradas, no somos los mismos. ¿Quiénes somos? Una frase de un viejo maestro budista viene a mi memoria: "el fin del mundo para una oruga, es una mariposa para el maestro". Tal vez, el fin de ser juguete sea convertirse en jugador. Tal vez.

Darsana, "ver", pero mas allá de lo que logran alcanzar mis ojos, "ver" aquellas diferencias que hacen a la diferencia, "ver" y por fin poder verme a mi mismo, pero como soy. "Ver", el gran conflicto humano.

DE LA REALIDAD.

La primera regla de toda filosofía es: "Hombre, concóctete a ti mismo". Y este conocerse es, fundamentalmente, saber como es realmente uno, libre de creencias heredadas y conceptos aceptados que no han sido analizados y cuestionados.

Por otro lado si no me conozco, cómo podría jugar un juego real, un play, o en el caso de un game cómo podría yo poner reglas. Para esto pareciera que debo atravesar barreras artificiales que han sido impuestas e introducirme en un nuevo estado de consciencia. Esto implica extenderse hasta ciertas dimensiones en las que solo se aventuran pocos hombres, algo así como un renacimiento y este punto es de extrema relevancia para el futuro de cada uno. De relevancia para saber como posicionarse en los próximos juegos que nos plantea la vida.

Hacía dos décadas que no pisaba estas tierras. Aun recuerdo la primera vez cuando, entre las ruinas de este palacio de Cnosos, esperaba en mi imaginario que el Minotauro se apareciera delante de mí. Recorrer este laberinto realizado por el legendario Dedalo, me lleva sin mas a aquella inscripción del templo de Apolo en Delfos: "Conóctete a ti mismo". ¿Por qué no una llave para ser jugador de la vida?

Creta es un lugar muy especial, de hecho el mismo Zeus fue escondido aquí para evitar ser comido por su padre Cronos. ¿Y de quién me estoy escondiendo yo?

Esta isla enclavada en el Mediterráneo oriental, rodeada de aguas azules y con un excelente clima, fue otrora el flagelo de los atenienses hasta que Teseo puso fin al legendario Minotauro. En esta porción de

tierra residía el miedo de la antigua Grecia mucho antes de las narraciones de Homero.

El miedo, uno de los problemas más grandes que existen en el mundo y, sin embargo, gobierna al mundo. Pasaron miles de años desde que aquí se exigían jóvenes para ser sacrificados y de esta forma calmar la sed de esta criatura mitad hombre mitad bestia. Sin embargo, tanto tiempo después, el miedo sigue atormentando a los hombres más allá de Creta.

Pero jugar con miedo es imposible, algo así como el antijuego. Jugar con miedo es saber desde el comienzo que uno jamás dejara la condición de juguete, un juego cuyo resultado conocemos de antemano. Jugar con miedo es sin más un juego patético.

Pero ¿qué hacer para apaciguar estos miedos que parecen ser condición humana y que resulta imposible encontrar un hombre que carezca de ellos? Tal vez, la respuesta está simplemente en "conócete a ti mismo". Claro, fácil de decir, no tan fácil de lograr.

Me siento sobre un antiguo capitel bajo este cielo color turquesa y me pregunto ¿qué pensaría el Minotauro de sí mismo? ¿Cómo sería su realidad? ¿Cómo su juego? Un monstruo temido, condenado a vivir solo en un laberinto, abandonado por los dioses, algo así como un ser desgarrado. Esto me sugiere un juguete de los dioses, un engendro cargado de un maldito mandato del que él ni siquiera pudo decidir aceptar. Matando y devorando ofrendas humanas simplemente porque así debía ser. Su vida era simplemente un game, un juego reglado, sin opciones.

Pero, ¿cómo pudo Teseo acabar con un ser mucho más fuerte en un laberinto que desconocía?, ¿Por qué el monstruo no cortó el Hilo de Ariadna para condenar al hijo del rey de Atenas a terminar sus días entre los pasadizos de su morada?

A mi entender, el viejo Minotauro podría haber acabado con el joven ateniense en un cerrar y abrir de ojos, como lo venía haciendo durante años con cientos de ellos, simplemente, un día, el guardián del laberinto decidió ver su realidad y liberarse por fin del interminable castigo que era su vida, se conoció a sí mismo, y dejó, entonces, que la espada de Teseo lo liberara de su maldición y de sus eternos miedos. En el último aliento, el Minotauro se transformó en jugador, decidió dejar de ser un simple juguete, pudo cambiar su destino divino.

¿Cuánto de este ser mitológico habita dentro de cada uno de nosotros? ¿Cuántos de estos monstruos deberemos matar para conocernos un poco más y para continuar abandonando más miedos?

Como plantean las viejas escrituras de los Uspanischad, el cielo y el infierno viven dentro de cada uno de nosotros, y supongo que también habitan en nuestro interior un Minotauro y un Teseo liberador. Y junto a ellos un fino Hilo de Ariadna, pues el juego del laberinto es sumamente sutil, no basta con matar al monstruo, también es condición sine qua non salir del laberinto, de lo contrario moriremos allí o peor aun nos convertiríamos en Minotauros y repetiríamos su modelo. La liberación pues, es un doble juego, acabar con los miedos y salir a la luz.

El juego de la realidad es simplemente el juego del conócete a ti mismo. A veces puede servir un espejo -aunque sea opaco- otras un par de ojos, otras el sufrimiento, otras un laberinto. A veces todas juntas y muchas más. A veces no hace falta nada. Un juego que por mas ayuda que se pueda tener (la definición es individual), un juego donde parte del camino es sin socios, un juego donde no se puede dejar de contar en la cuenta.

Un juego que si no se supera puede ser letal, tan terrible que puede condenar al hombre a vivir toda su vida en un laberinto sin salida, sin otra posibilidad de ser un juguete.

La vida pasa poniéndonos continuamente frente -o dentro- de juegos, de ello que al principio sostuve que la vida misma me parece un gran juego. Pero algunos juegos son más que eso. Son verdaderas murallas que uno debe vencer para poder seguir jugando, y el de "conocerse", con todo lo que esto implica, es una de ellas. Un ludo, donde para poder pasar al próximo casillero debo indefectiblemente atravesar otro, y mientras no lo logre seguiré tirando los dados hasta el día del juicio final.

Dijo el poeta que no hay otro tiempo que el que nos ha tocado y en el se encuentra nuestro tablero y nuestras fichas. El verdadero jugador es quien las mueve, quien no se queja si le tocaron blancas o negras, aquel que ya no se molesta por la torre o el alfil que perdió, pues el juego continua, porque se puede dar jaque a la vida aun si solo contáramos con un par de peones. Y si no lograra dar mate, aun puedo hacer tablas, y empatar con las parcas sigue siendo un buen partido.

Mañana de sol radiante en el viejo palacio, veo la imagen del rey Minos con sus penachos de plumas y su trono flanqueado por delfines. De hecho no existe ningún laberinto, aunque la palabra significa palacio de las hachas. Solamente un gran palacio de planta irregular, lo que fue suficiente para estimular la imaginación de micénicos y griegos que por aquí pasaron. ¿Dónde está ese lugar tan temido, donde orientarse es tan difícil, donde perderse es el final? Pues no en la realidad. No en esta espectacular isla ni en ninguna otra, ese dantesco y siniestro lugar se instala dentro de cada humano, producto de los miedos y de las incapacidades. Resultado de convivir aun con ese Minotauro privado de libertad, pidiendo a gritos sacrificios, cuando en verdad es sin más un sacrificador sacrificado, un simple juguete de la vida, esperando aquella espada que por fin lo libere de las malditas paredes donde fue confiscado a vivir por siempre.

Mañana de sol en el Egeo, pasaron algunos años desde la última vez, nada cambio por aquí, pero si mucho en mí, ya no espero que aquel monstruo haga su aparición detrás de alguna columna o desde dentro de un nicho, de hecho jamás habitó aquí, hace años habitaba en otro lado, pero Teseo puso fin al flagelo. Dejo Creta, esta vez como jugador. Mañana de sol en el Egeo.

SIN RED.

El abismo, esa sensación de indefensión que nos atrapa frente al vacío. La duda que nos tortura ante la situación de tener que saltar sin la seguridad de que algo nos contenga, nos sujete, el pánico a saltar sin red.

Al igual que el equilibrista del circo, allá arriba, a metros del piso se desliza apoyando suavemente sus pies, uno tras otro en el delgado cable que lo sostiene, sin red por debajo, me parece que así es el juego de la vida en la mayoría de sus situaciones. De hecho, la vida es sin red.

Es tal vez por eso que vivimos inventando seguridades, la mayoría falsas y estúpidas, para de esa forma hacer nuestra existencia mas "segura y predecible". De esta forma nos hacemos dueños de todo, la casa, el trabajo, la familia. . . el terrenito donde seremos enterrados. Compramos todo aquello que nos vuelve seguros, dejamos casi todas las energías que poseemos en detentar poder sobre todo y sobre todos, nos forjamos una imagen lo suficientemente férrea y así nos vamos recubriendo de redes, tantas que terminamos asfixiados en ellas al igual que terminan sus vidas los peces en las redes de los pescadores.

La seguridad, se me sugiere similar a aquellas grandes murallas que otrora levantaron nuestros antepasados para vivir más seguros intramuros, protegidos de los ataques de los bárbaros- los de afuera- para morir de hambre dentro de la contención de los muros de los castillos. Mientras tanto aquel bárbaro vivía libre, día a día, sin red.

El hombre corre, tropieza y cae, cree sentarse en una silla sólida y cae rodando al suelo, moja su pluma en un tintero y la saca llena de barro, pero sigue haciendo lo mismo minuto a minuto, como plantea Bergson, reemplaza la vida por un movimiento involuntario y mecánico. La vida es transformación constante, tensión y elasticidad, sin detención y no se repite jamás. Lo mecánico es rigidez, repetición, actitud adormecida. De allí que el equilibrista sin red, es un jugador de la vida, ágil, flexible, despierto y fundamentalmente lo que lo caracteriza es que no mira hacia abajo, de hecho eso carece de sentido para él, sabe que no hay red, sabe que el camino es para adelante y es allí donde fija su vista, pues el camino siempre es para adelante.

No obstante no puedo dejar de mirar hacia abajo, aunque sea de reojo; varias docenas de metros de desfiladero rocoso y un río correntoso delimitan el paisaje debajo de mí. Hacia delante un mas que rustico puente colgante construido absolutamente con materiales vegetales y de no mas de sesenta centímetros de paso. Como si fuera poco el viento, siempre reinante por estos lados, lo hace pendular como para ponerle los pelos de punta a cualquier extranjero.

Pero esto de andar a veces al estilo Indiana Jones por el mundo, lo coloca a uno frente a situaciones donde se deben atravesar abismos sin red. Una metáfora más del juego de la vida. Por otro lado, al menos que uno decida vivir el resto del tiempo que le quede en un termo cinco

estrellas, la vida te coloca en situaciones donde no se puede negociar: o se salta aun sin red, o se muere mirando el otro extremo por siempre.

Pocos lugares del planeta pudieron soportar los ataques del mundo exterior con la modernidad y la despersonalización que esta trae aparejada, aun las culturas mas cerradas sufren tarde o temprano este embate. Sin embargo, Nepal, la tierra de Shangri La, supo defenderse y solo sufrió alteraciones de tipo superficial. Su núcleo cultural, social y espiritual continúa inalterado.

Y aquí me encuentro, camino al Everest, frente a este inestable puentecillo de sogas por donde generaciones de sherpas y gurkas han pasado. Decía Hamlet: “. . . palabras, palabras, es todo lo que tenemos, incluso los sentimientos se hacen palabras”. No obstante ahora al poner el primer pie sobre este puente las palabras se bloquean. Desde el otro extremo mi guía, que cruzó primero, me hace señas de que continúe.

Y allí voy. Durante siglos el pensamiento occidental permaneció fiel a la enunciación de los primeros filósofos que sostenían que la realidad se da a los sentidos como un caos, como un conjunto de entes contradictorios, como un enorme sinsentido. Pero esta realidad es la mera apariencia de un orden que escapa de los sentidos, de un sabio equilibrio. La realidad pues, el cosmos, a diferencia del caos, es una estructura organizada, perfecta, jerarquizada que hay que descubrir tras la engañosa máscara de las apariencias.

Como plantean aquí los budistas, debemos aprehender la realidad prescindiendo del tamiz de la razón y librándonos del prejuicio humanista que concibe al hombre como punto crucial donde converge todo el universo. Si se logra interrumpir, aunque sea de a ratos, el comercio con la realidad racional el hombre, de pronto, se encuentra instalado participando en el mundo del juego de los dioses.

Miro hacia delante y aunque sé que no debo, no puedo dejar de mirar hacia atrás,- viejo y maldito vicio- estoy en la mitad, y cometo el error fatal, miro hacia abajo. Parece que estuviera ante mí las entrañas de la tierra, apasionante pero aterrador. Y es entonces cuando la duda y todas las dudas comienzan su juego macabro. De pronto el jugador que se encontraba cruzando un puente aun más allá de sus miedos, se transforma en un juguete solo por las dudas. El futuro es obvio, levanto la cabeza y sigo hacia delante, o la nada. Un grito del guía me trae a la realidad y su entusiasmo me lleva a continuar.

Ahora parece más fácil, los últimos metros resultan tan simples como caminar por tierras firmes. Llego y me siento casi en el borde del precipicio a beber agua. El guía hace lo propio, posa su mano sobre mi hombro y dice: “ has visto lo fácil que fue”. Nos reímos y le pido unos minutos antes de continuar. Quiero seguir mirando hacia abajo. La vista es realmente impresionante, de hecho ahora puedo ver detalles que desde el puente me eran imperceptibles. Pero fundamentalmente observo el puente, realmente hay que estar loco para cruzar por allí, pero si no lo cruzaba jamás llegaría al Everest. Nuevamente el juego de la vida: “quieres ir mas alto, pues debes cruzar sin red”.

Cargo mi mochila y continuamos el camino, pregunto si hay mas puentes como este por delante, mi amigo sherpa se sonríe y aclara: "como este, no. . ." Qué habrá querido decir.

El juego de la vida está colmado de abismos donde se debe saltar sin red, donde la seguridades son solo quimeras, donde el atravesar débiles puentes colgantes por los cuales solo se puede pasar de a uno a la vez es lo común.

La pregunta es qué hacer, esperar tener todas la variables dominadas, contar con toda la seguridad, lo cual puede que nunca llegue, o convertirse en jugador de la vida y "saltar" porque estamos convencidos que lo que nos espera del otro lado vale la pena.

Imaginemos que frente a las cosas importantes de la vida, pero las importantes, como el amor, uno se quedara esperando eternamente tener todas las seguridades, mirando hacia abajo y hacia atrás, ¿que supone que sucedería? Tal vez el puente no soportaría por siempre un peso en su mitad, y por consiguiente, por pánico a ese saltar sin red, uno perdería el que hubiera sido el camino hacia lo mas alto. Hubiera perdido el juego, pero aun antes de jugar.

Recorrimos algunos kilómetros; desde mas arriba todavía puedo distinguir el delgado puente, allí abajo, un sutil cordón umbilical que me permitió ascender aún mas. Solo había que atravesarlo, solo había que saltar sin red.

FINAL DE JUEGO

Pero, ¿todo, absolutamente todo es juego? Creo, y esto es solo mi modesta opinión, que no todo. Existen dos cosas que quedan, a mi criterio, fuera de todas las clasificaciones de juego, porque no son juego: la muerte y el amor.

Desde ya que existen juegos sobre la muerte como así también juegos amorosos, pero ahora estoy hablando de estos términos con toda la profundidad que ellos merecen.

Media mañana en Benares, sentado sobre uno de los ghats – escalinatas sobre la orilla del río- contemplo como algunos hombres comienzan a armar las piras funerarias. Algunos cadáveres ya fueron lavados y purificados con el agua del Ganges y esperan envueltos en túnicas su turno para concluir en las llamas.

Hace siglos que gente procedente de todas partes de la India, y más allá, aun viene a morir a Benares, la vieja Kashi, la ciudad eterna de Shiva. La historia escrita de esta ciudad santa la convierte en una de las más antiguas del mundo, centro de peregrinación más importante del hinduismo y punto neurálgico de la erudición sánscrita.

Para la gente que me rodea esta es la ultima parada de la larga peregrinación que han recorrido a lo largo de varias vidas. Para el hindú, la verdadera muerte no ocurre cuando sucumbe el cuerpo, sino en la pira funeraria, la incineración es el sacrificio para encontrar el moksha, el fin de las eternas reencarnaciones y por consiguiente el final de los karmas.

Pasan unos minutos y comienzan a colocar los cadáveres sobre las piras mientras los familiares de los difuntos se acercan. La primera antorcha se acerca a las ramas que sostienen el primer cuerpo y rápidamente todo arde. ¿Juego?

Lo mismo se repite en las otras piras, una tras otra sin solución de continuidad, mientras a pocos metros ya se levantan otras. Continúa eternamente. Tanatos trabaja aquí a tiempo completo y, por más que hace años que me enfrento a situaciones como estas no entiendo el juego, para mí esto no es juego. Esta escena no entra ni en game ni en play. Esto, si bien es inexorable, atraviesa al humano con toda la crueldad de la realidad. ¿Juego?.

“Moriremos solos”, con esta celebre frase Pascal designa en forma terminante esta unidad irreductible del ser frente a la muerte, aun cuando no la tenga particularmente en cuenta. La muerte significa el fin de toda distancia posible, tanto espacial como temporal, de uno mismo con uno mismo como de uno con el entorno. La muerte es una cita con uno mismo. ¿Como puede haber juego sin espacio y sin tiempo?

Me embarco en una pequeña barca a remo, y navego este río sagrado paralelamente a la costa, a pocos metros de ella, y la escena se repite a lo largo, pira tras pira, llama tras llama, cenizas tras cenizas.

De repente mas allá de los ghats, puedo ver una procesión de gente cantando y llevando grandes cantidades de flores. Pongo la proa de mi bote hacia la costa y en minutos desembarco. Me dirijo hacia donde proceden los cánticos. El novio todo vestido para la ocasión monta un suntuoso caballo blanco recargado de arreglos florales y cintas de color. Me uno a la manifestación. A pocos metros la futura esposa se encuentra dentro de un bellissimo sari de seda y abarrotada de joyas, tobilleras y pulseras. Docenas de niños no dejan de reír y cantar.

El caballero desciende de su cabalgadura y toma a la joven de la mano y continúan caminando dentro de un verdadero aquelarre. ¿Juego? Solo hace falta ver el cruce de sus miradas, entre ellos no hay espacio, no hay tiempo, no hay palabras, de hecho estas sobran cuando dos están muy cerca. Nuevamente, ¿como puede haber juego sin espacio y sin tiempo?

Sí, amor y muerte, Eros y Tanatos, dos estados donde el juego parece detenerse, al menos por un instante. Amor y muerte, dos puntos frente a los cuales los humanos se presentan desnudos, sin mas de lo que realmente son, frágiles criaturas, recubiertas de patinas inventadas.

Dejo la ceremonia nupcial para volver a las orillas del río. Las humaredas están en su cenit. Un pequeño anciano, muy viejo, con sus marcas pintadas en la frente como indudable seguidor del dios Vishnu, se sienta a mi lado. Puedo contar una a una sus costillas. Lo saludo juntando mis manos a la altura del pecho, Namaste, él hace lo propio. Sus enormes ojos negros se posan en los míos, por un segundo siento que su mirada me atraviesa, observa las piras y me vuelve a mirar. Sonríe y en voz muy baja me dice: “así debe ser, todo esta bien”.

Y aquí quedo sentado junto a mi acompañante de roída túnica color azafrán; y mientras nuestros ojos no dejan de recorrer las orillas del

Ganges, y nuestros oídos de escuchar el bullicio reinante, vuelvo a pensar en el juego de la vida.

De pronto el anciano se incorpora, me toma de la mano y me conduce al último escalón junto al río, nos volvemos a sentar con nuestros pies ahora en el agua. Ninguno emite una sola palabra. Frente a mí corren por el agua flores junto a cenizas, restos de lo que fue humano, de lo que fue lo que yo soy

Una mujer con un niño casi recién nacido se acerca al anciano, este toma agua con sus manos y la pasa por la cabeza del pequeño, mientras recita versos en sánscrito. Luego de unos minutos la mujer agradece y se retira. Y mientras el viejo se seca sus manos en la túnica me susurra: "todo esta bien, muy bien".

El astro rey se oculta en Benares. Sí, a veces la vida me parece todo un juego, la mayoría de las veces con reglas misteriosas, otras absurdas y casi siempre in entendibles.

Sí, tal vez la vida sea casi siempre un juego. . . casi siempre.